

El
Rocio
de la
Juventud

El
Rocio
de la
Juventud

JUAN ANTONIO MONROY

NOUBOOKS

Noubooks / Ediciones Noufront
Vilar 4, 3-B
43800 VALLS
Tel. 977 603 337
Tarragona (España)
www.noubooks.es

El rocío de la juventud
© 2021 Juan Antonio Monroy
Diseño de cubierta e interior: www.produccioneditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-XXXXX-XX-X

Impreso en: Podiprint (España)

Sumario

Introducción	7
Capítulo I: El joven y Cristo	9
Capítulo II: El joven justo	21
Capítulo III: El joven y la Biblia	29
Capítulo IV: El joven justo y el joven malo	37
Capítulo V: El joven y las ilusiones	45
Capítulo VI: El joven y el ideal	55
Capítulo VII: El joven y la amistad	73
Capítulo VIII: El joven y el trabajo	83
Capítulo IX: El joven y el amor	93
Capítulo X: El joven nuevo	107
Capítulo XI: Jóvenes enterradores	123
Capítulo XII: Una joven que no estaba loca	133
Capítulo XIII: Jóvenes ante el futuro	143

Introducción

Este es el tercer libro que escribo sobre temas de jóvenes, después de *Inquieta Juventud*, Editorial Irmayol, Madrid 1974 y *En un cruce de caminos*, Editorial Noufront, Valls, Tarragona 2010.

El título lo he tomado del Salmo 110:3: “*Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de la juventud*”. Cito a Spurgeon traducido por Eliseo Vila: Dios quiere que los jóvenes, “*por su lozanía, hermosura y pureza, sean como las gotas de rocío, que parecen seguir misteriosamente el seno de la nada... Una metáfora adecuada pues estos jóvenes centellean vivamente como el rocío por la mañana; y así como el rocío es frescor, también lo son estos convertidos, que llenos de vivacidad juvenil refrescan la Iglesia para que florezca esplendorosamente*”.

Es verdad: los jóvenes son gotas de rocío en la Iglesia seca. Como el rocío que desciende de Hermón hasta los montes de Sion, según el Salmo 133. En Cristo hay manantiales vivificadores que pueden y quieren llenar los corazones jóvenes.

Este libro escrito a corazón abierto consta de trece capítulos. Trece capítulos de palabras juntas que pretenden llegar a los corazones jóvenes y colocar allí, no en la cabeza, una corona de diamantes y pedrerías rematada por ideales y desafíos.

Los jóvenes están en la hermosa mañana de la vida. Tienen la ilusión por alimento. Es la edad de la alegría, del amor, debe ser

también la edad de la acción. Lo que algunos padres no pudieron hacer por ellos, deben hacerlo por sí mismos. No valen excusas. Ni culpar a la generación anterior por la falta de oportunidades. Han de buscar fórmulas nuevas que borren las viejas. Tener conciencia de que mientras están hablando la rueda gira ante el avance de los años. La eterna juventud es un mito imposible.

No encuentro otra forma de poner fin a esta corta introducción que pueda ser más instructiva que las advertencias y consejos de la Palabra divinamente inspirada:

“Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios” (Eclesiastés 11:9).

“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento; antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia” (Eclesiastés 12:1–2).

CAPÍTULO I

El joven y Cristo

“Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones”. (Marcos 10:17–23).

La historia del joven que llegó corriendo al encuentro de Cristo se relata en los tres primeros Evangelios.

Esto significa, a mi entender, que las enseñanzas que se desprenden de la misma deben merecernos una atención muy especial.

Aunque la Biblia no es edaísta, el contenido de la historia tiene aplicación preferente para los jóvenes.

JESÚS Y LOS JÓVENES

El relato trata del encuentro entre Jesús y un hombre joven. Además de éste, los Evangelios registran otros tres episodios en la vida de Jesús en los que los protagonistas fueron jóvenes.

Uno: El joven que seguía a Jesús. Tuvo lugar después de ser arrestado el Maestro. Marcos lo cuenta así: *“Pero cierto joven le seguía, cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo”* (Marcos 14:51–52).

Dos: El joven resucitado. En la ciudad de Naín Cristo se encuentra con una caravana fúnebre. Llevaban a enterrar a un joven, hijo único de una mujer viuda. Dice Lucas: *“Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre”* (Lucas 7:13–15).

Tres: El joven endemoniado. Cuando Descendió del Monte de la Transfiguración un padre acude a Jesús y le pide que cure a su hijo endemoniado. Concluye Mateo: *“Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora”* (Mateo 17:18).

La historia del joven rico dice que Jesús, mirándole, le amó.

Esta frase ha dado lugar a numerosos comentarios, incluso a libros.

¿Puede Dios amar a una persona más que a otra?

Nosotros podemos, y lo hacemos a diario, pero ¿debe hacerlo Dios?

Juan dice que Dios amó al mundo (Juan 3:16).

Pablo aconseja a Timoteo que no haga nada inclinándose a una parte (1ª Timoteo 5:21).

Que no sea parcial en la manifestación de sus sentimientos.

¡Qué difícil nos lo pone Pablo! ¿Fue él capaz de cumplir este principio?

A pesar de lo dicho, los Evangelios hablan de cinco personas a quienes Jesús amó de manera especial, tres hombres y dos mujeres.

Lázaro, Marta y María. He aquí lo que dice Juan de éstos tres hermanos: “*Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro*” (Juan 11:5).

Cuando Lázaro enfermó de muerte las hermanas enviaron un mensaje a Jesús, diciéndole: “*Señor, el que amas está enfermo*” (Juan 11:3).

El apóstol Juan. A Juan le llaman el discípulo amado. Es él mismo quien singulariza el amor que Jesús le profesaba: “*Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús*” (Juan 13:23).

Otras cuatro veces Juan escribe en su Evangelio sobre el amor particular que Jesús le profesaba:

Ante la cruz. “*Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo*” (Juan 19:26).

Después de la resurrección. “*Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto*” (Juan 20:2).

Junto al mar de Tiberias: “*Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar*” (Juan 21:7).

En la tercera ocasión que Jesús se manifestó a sus discípulos después de la resurrección: “*Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿Quién es el que te ha de entregar?*” (Juan 21:20).

El joven rico: Además de Marta, María, Lázaro y Juan, el joven de nuestra historia es el quinto personaje de quien dice Marcos que mereció el amor personal de Jesús: “*Mirándole, le amó*” (Marcos 10:21).

Ante estas manifestaciones personales de amor por parte de Jesucristo surgen las grandes preguntas:

¿Somos dignos de ser amados por Dios?

¿Hay en el ser humano facetas de su personalidad que sean especialmente amables, esto es, mercedoras del amor de Dios?

El filósofo francés Voltaire gritaba en el siglo XVIII: “*¡Inexplicables humanos! ¿Cómo podéis reunir tanta bajeza y grandeza, tantas virtudes y crímenes?*”.

El teólogo inglés del siglo XVII Richard Baxter se quejaba: “*El hombre es la peor de todas las bestias; es cruelísimo con los demás y consigo mismo*”.

Pablo. Nadie ha denunciado la maldad de la estructura humana como lo hace Pablo en la epístola a los Romanos.

En el capítulo 1: “*Estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia*” (Romanos 1:29–31).

En el capítulo 3: “*Como está escrito: No hay justo, ni aún uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles. No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos*” (Romanos 3:10–18).

Siendo así, ¿cómo puede Dios amarnos?

La respuesta la encontramos en un texto de la epístola a los Efesios: “*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*” (Efesios 2:4–6).

Cuando dice que estábamos muertos en delitos y pecados está diciendo que éramos como nos describe el apóstol Pablo.

Volviendo a la historia del joven rico, ¿quién era en realidad éste joven?

¿Qué hacía?

¿A qué se dedicaba?

Los tres Evangelios dicen que pertenecía a una familia rica.

Lucas dice que era “*principal*” (Lucas 18:18).

No era un jefe de la sinagoga ni miembro del Sanedrín, sino que pertenecía a una familia noble, distinguida por sus riquezas.

Era un joven limpio, que cumplía con todos los ritos externos de su religión.

No había encontrado la verdad que diera reposo a su alma y continuaba buscando.

Por esta razón fue al encuentro de Jesús.

Marcos dice que “*mirándole, le amó*”.

¿Qué había en aquella mirada?

Siempre me ha llamado la atención la mirada de Cristo.

Una mirada a Pedro después de haberle negado hizo que el apóstol llorara amargamente (Mateo 26:75).

¿Cómo miraría al joven?

Una mirada de ternura: Por tratarse de un chico joven.

La juventud solía despertar sentimientos de ternura entre los rabinos judíos. Y hoy también.

Una mirada de aprobación: Con aquella mirada Jesús estaba aprobando el paso dado por el joven de llegar a Él corriendo.

Una mirada de compasión: Compasión por las dudas que le inquietaban y por las luchas internas que mantenía en su deseo de saber más sobre el destino eterno de su alma.

Una mirada de simpatía: Las profundas convicciones religiosas del joven tuvieron que despertar las simpatías de Cristo.

Y esta simpatía se expresaría en la mirada.

Una mirada de amor: En fin, la mirada de Cristo al joven era una mirada de amor.

Todo el amor de su corazón de hombre se concentró en aquella mirada tierna.

Cuando el joven se encuentra ante Jesús le da un tratamiento que demuestra la exaltación de su espíritu. Le llama: “*Maestro bueno*”.

Jesús le responde: “*¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios*”.

En sus argumentos, Arriano solía citar las palabras de Cristo al joven rico: *“Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios”*.

El Racionalismo es un movimiento filosófico que exalta la razón por encima de la fe.

Afirma que el pensamiento tiene explicación para todo.

Platón y Aristóteles, cinco siglos antes de Cristo, ya establecieron sistemas racionalistas.

El Racionalismo moderno, que echa sus raíces en el siglo XVIII, acepta a Cristo como un gran profeta, pero no como Dios.

El francés Ernesto Renán, ex-jesuita, publicó en el siglo XIX un libro que alborotó Europa titulado *Vida de Jesús*.

Entre los argumentos que utiliza para negar la divinidad de Cristo figura la respuesta dada por Jesús al joven rico: *“Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios”*.

Modernamente, los Testigos de Jehová siguen el camino del Arrianismo y del Racionalismo. Para ellos, Cristo era un dios, con minúsculas, pero no el todopoderoso Dios.

El segundo presidente que tuvo la Organización de los Testigos de Jehová, José Franklin Rutherford, escribió un libro titulado *El arpa de Dios*. En la página 99 del mismo dice: *“Algunos han creído sinceramente que Jesús era el mismo Dios. Tal conclusión no se corrobora con las Escrituras”*.

Al igual que hicieron los arrianistas y los racionalistas, los Testigos de Jehová también utilizan la historia del joven rico para concluir que Jesucristo no es Dios.

¿Qué sentido tiene, entonces, la respuesta de Jesús al joven rico?

San Agustín, quien vivió en la segunda parte del siglo IV hasta la primera parte del siglo V, dice que Jesús se acomodó a la mente del joven, al tratamiento que le daba.

Lo reconoció como Maestro, como Rabino judío, es decir, como simple hombre.

Puesto que ese era el concepto que tenía de El, le quiso decir que ningún hombre es siempre bueno, aunque ejerza una función religiosa.

San Jerónimo, otro de los llamados Padres de la Iglesia, quien vivió, como San Agustín, entre los siglos IV y V de la era cristiana, interpretaba las palabras de Jesús al joven rico en este sentido: Si le hubiera reconocido como Dios, no le habría dado esa respuesta.

Pero al reconocerle sólo como un maestro religioso le estaba dando a entender que tuviera cuidado, que los había buenos y malos.

En suma, que la bondad absoluta sólo la tiene Dios.

Cuando el joven pregunta a Cristo qué ha de hacer para obtener la vida eterna, Jesús le responde: *“Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre”* (Marcos 10:19).

Aquí hay algo interesante:

¿Por qué no le cita los mandamientos que se refieren a Dios, como *“no tendrás dioses ajenos delante de mí”*, *“no tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”*, etc.?

Sencillamente, porque el joven era religioso y seguramente guardaba aquellos mandamientos.

El problema no lo tenía con Dios, sino con sus semejantes, de quienes le separaban las riquezas.

Por esta razón los mandamientos que le cita son negativos y tienen que ver con los seres humanos.

Hasta el último citado, que se refiere a la familia.

¿Acaso las riquezas le habían apartado también de los padres?

La contestación del joven parece sincera: *“Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud”* (Marcos 10:20).

El joven era sincero, no mentía.

Si hubiera sido un hipócrita no le habría dirigido aquella mirada de amor.

Jamás, cuando hablaba con fariseos que decían y no hacían, Jesús se conmovió interiormente como le ocurrió ante la sinceridad del joven.

Cuando Jesús responde que le faltaba una cosa, estaba poniendo el dedo en la llaga.

Cristo siempre apunta hacia donde más nos duele: *“Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz”* (Marcos 10:21).

Jesús admite que el joven cumplía en gran parte la Ley del Antiguo Testamento.

Pero también sabía que las riquezas materiales lo tenían esclavizado.

Le lanza un desafío. Para demostrarle que la Ley no podía hacer perfecto a nadie, le pide que reparta sus posesiones entre los pobres y le siga.

A Abraham le pidió que sacrificara a su hijo.

Al joven rico le pide que distribuya su riqueza.

Este pasaje no quiere enseñar que las riquezas en sí son malas.

Job era un hombre muy rico.

Abraham, Isaac y Jacob eran hombres ricos.

José de Arimatea era rico (Marcos 15:43)

Mujeres ricas servían a Jesús de sus haciendas (Lucas 8:1-3).

Jesús tenía amigos ricos, como el tal Simón el Fariseo, quien le invitó a una gran cena (Lucas 7:36).

El mismo Mateo era rico, recaudador de impuestos, y cuando decidió seguir a Jesús celebró un banquete multitudinario (Lucas 5:27-29).

A ninguno de ellos pidió Jesús que repartieran sus riquezas entre los pobres si querían seguirle.

El dinero no es malo. Malo es el amor al dinero: *“Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”* (1ª Timoteo 6:10).

El dinero es como la fiebre: No es malo tener fiebre; se la puede dejar en cualquier momento.

Lo malo es cuando la fiebre le tiene a uno.

La propuesta que Jesús hace al joven rico no es universalmente válida.

Es una propuesta basada en su caso particular.

Lo que Jesús quiere es que apliquemos todos los conocimientos religiosos a la propia vida.

Que Él sea nuestra prioridad, no el dinero.

Quería que el joven quedara libre de lo que le ataba para que pudiera seguirle con libertad.

En su caso eran las riquezas.

¡Qué diferente fue la llegada del joven a Jesús, de su salida de la escena!

“Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” (Marcos 10:17).

“Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (Marcos 10:22).

Cuando el joven dijo a Cristo que había guardado los mandamientos desde su juventud, el Maestro le responde: *“¡Una cosa te falta!”*.

Tenía riquezas.

Tenía honores.

Tenía una vida sin tacha.

Tenía conciencia de cumplir con Dios.

Pero le faltaba una cosa, sin la cual las demás no contaban: La renuncia a todo para poder seguir a Cristo.

Su tragedia era que amaba más a las cosas que a las personas.

Y se amaba más a sí mismo de lo que amaba a otros.

Volvió la espalda a Jesús y regresó por donde había llegado, pero con una carga de tristeza en el alma.

Habría podido ser un gran apóstol, pero se quedó en nada porque no estuvo dispuesto a pagar el precio.

Su religión era la religión de la tristeza.

Un padre observaba a su hijo menor que trataba de mover una gran maceta. Los esfuerzos eran vanos. El padre miraba en silencio, sin intervenir.

Cuando el hijo se dio por vencido, el padre se acercó y le preguntó:

—¿Crees que has hecho todo lo que estaba en tus manos para mover la maceta?

—Creo sinceramente que sí, respondió el hijo.

—Te equivocas, hijo, te ha faltado pedir ayuda a tu padre. Te la hubiera brindado con todo cariño.

El joven rico quería hacerlo todo por sí mismo.

Si se hubiera dejado ayudar por Jesús, el final del relato habría sido distinto.

La historia del joven rico ha llegado a su final.

Pero aún nos quedan algunas consideraciones.

El Evangelista dice que cuando el joven refirió a Cristo su vida religiosa, intachable desde la niñez y la adolescencia, el Maestro, *“mirándole, le amó”*.

¿Qué fue lo que amó Jesús en aquél joven?

Primero, su humildad: Es algo sorprendente lo que hizo este joven.

Era aristócrata, rico, y se inclina de rodillas ante un profeta pobre que estaba a punto de convertirse en un fuera de la Ley.

Los soberbios escribas y fariseos, maestros de la Ley que iban a Jesús para tentarle, jamás hicieron esto.

La humildad es una característica propia de la fe cristiana.

Toda la Biblia exalta la humildad y habla de personajes que fueron humildes: *“Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”* (Efesios 4:2).

Esto de soportarse unos a otros con humildad deben tenerlo en cuenta los jóvenes.

Segundo, sus buenas intenciones: En los tres años de ministerio público de Cristo fueron muchos los escribas y fariseos que se allegaban a Él con preguntas capciosas para calibrar su reacción, para tentarle.

Un ejemplo lo tenemos en Mateo 16:1: *“Vinieron los fariseos y los saduceos para tentarle, y le pidieron que les mostrase señal del cielo”*.

Algunos intérpretes antiguos de la Biblia pensaron que también el joven rico llevaba este propósito.

No era así.

De haber tenido la intención de tentar a Cristo el Maestro lo habría captado inmediatamente y no se hubiera conmovido como lo hizo.

Cristo amó las buenas intenciones que el joven ponía en su pregunta. También hoy deben hacerlo los jóvenes cristianos.

La fe en Cristo.

El trabajo en la Iglesia.

El compromiso cristiano con la propia vida.

Todo esto debe estar presidido por una intención sincera y limpia de servir a Cristo.

Tercero, el tratamiento que da a Jesús: Ni siquiera Nicodemo, quien fue a Jesús de noche y le reconoció como Maestro, le dio el tratamiento de bueno.

El joven rico se dirigió a Jesús como Maestro, pero además añadió el adjetivo bueno.

Reconoció en Cristo la bondad, la mansedumbre, la ternura que poco antes había manifestado en el amor con que trataba a los niños.

Esta es la enfermedad que sufrimos.

Cuarto, su religiosidad: Jesús vio en el joven rico un joven profundamente religioso, aunque equivocado.

Al preguntar a Cristo *“¿qué haré para heredar la vida eterna?”*, está demostrando, como todos los judíos de su tiempo, el concepto de salvación por obras.

Creía que para salvar su alma para la eternidad tenía que hacer algo y le urgía conocer qué.

Suponía que además de cumplir la Ley Jesús le recomendaría otras prácticas para entrar en el reino de los cielos.

Indudablemente estaba equivocado.

Pero era religioso, le preocupaba el problema espiritual, y esto fue lo que Jesús amó en Él.

Jesús condena en el Nuevo Testamento la despreocupación religiosa de sus contemporáneos.

“Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3:19).

“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

Aquel joven buscaba la vida en la religión de Cristo y fue a Él.

Concluyo este capítulo llamándote la atención a la pregunta que el joven rico dirigió a Jesús. En los tres años de ministerio en la tierra Jesús recibió muchas preguntas de escribas y fariseos, pero ninguna relacionada con la salvación personal. A los fariseos interesaban cosas de la tierra, de su oficio, al joven le preocupaba la salvación del alma.

Tu vida está llena de asuntos que debes resolver, pero ninguno de ellos tiene la importancia de este. ¿Qué has de hacer para entrar en la vida eterna? ¿Qué has de hacer para salvar tu alma?

¿Qué has de hacer para seguir viviendo en lugares más allá de las estrellas después de la muerte?

¿Qué has de hacer para estar junto a Cristo en el palacio de la eternidad?

Plantéate estas preguntas y busca la respuesta correcta a cada una de ellas.

CAPÍTULO II

El joven justo

*“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado;*

*Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.*

*Será como el árbol plantado junto a corrientes de aguas.
Que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae;
Y todo lo que hace, prosperará.*

*No así los malos,
Que son como el tamo que arrebató el viento.*

*Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio,
Ni los pecadores en la congregación de los justos.*

*Porque Jehová conoce el camino de los justos;
Mas la senda de los malos perecerá”. Salmo 1.*

Este salmo voy a dividirlo en tres capítulos: El joven justo, (versículo 1), El joven y la Biblia (versículos 2 y 3) y El joven cristiano y los jóvenes malos (versículos 4 y 6).

Este primer salmo es sumamente importante. Ha sido considerado como el resumen de todo el salterio.

Los Salmos forman una colección de cánticos inspirados por el Espíritu Santo y que formaban parte del culto en el segundo templo.

El primer templo que tuvieron los hebreos fue construido por Salomón en torno al siglo X antes de Cristo.

El segundo templo fue el reconstruido por los hebreos cuando regresaron de la cautividad en los comienzos del siglo VI antes de Cristo.

Los Salmos no fueron escritos de una sola vez, en un tiempo concreto. Algunos especialistas dicen que fueron escritos entre los años 600 y 300 antes de Cristo.

Aunque normalmente los llamamos Salmo de David, no todos fueron escritos por David.

Un escritor del siglo V, San Jerónimo, que hizo una traducción de la Biblia al latín llamada La Vulgata, dice que de los 150 Salmos sólo 84 pueden ser atribuidos a David.

Sin embargo, se les llama Salmos de David porque se cree que David compuso la música y la poesía de los Salmos.

Los miembros de la Iglesia primitiva leían los Salmos.

En el Nuevo Testamento hay referencias a ellos, como en el inicio de la Iglesia.

“Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que por boca de David tu siervo dijiste:

*¿Por qué se amotinan las gentes,
Y los pueblos piensan cosas vanas?
Se reunieron los reyes de la tierra,*

Y los príncipes se juntaron en uno

Contra el Señor, y contra su Cristo” (Hechos 4:23–26).

Cuando Jesucristo echa a los mercaderes del templo dice Juan:

“Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: el celo de tu casa me consume” (Juan 2:17).

Se referían al Salmo 69.

Cuando Jesús grita desde la Cruz *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* (Mateo 27:46), está citando el Salmo 22.

Cuando le dieron a beber vinagre, se cita otra vez el Salmo 69.

Cuando pronuncia sus últimas palabras desde la Cruz: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”* (Lucas 23:46) está citando el Salmo 31.

Hasta el día de hoy en las sinagogas judías, templos equivalentes a los templos católicos, a las mezquitas musulmanas o a los edificios de las Iglesias cristianas, cuando los judíos se reúnen los sábados para adorar a Jehová, continúan recitando los Salmos.

Gabriela Mistral fue una poetisa chilena nacida en 1889 y muerta en 1957.

Se la llamaba *“la poetisa de América”*.

En 1945 fue galardonada con el Premio Nobel de Literatura.

Recordando la Biblia, dice:

*Una abuela paterna
me leía los Salmos
de David y ellos se
apegaron a mí para
siempre con su doble
idea de poder y de
lirismo maravilloso.*

En su prosa religiosa recuerda de nuevo los Salmos. Añade:

Salmos de David benditos

*¿Cuántas veces me
habéis confortado?*

Tantas como estuve

*con la cara en la tierra.
¿Cuándo acudí a ti en
vano? Por David amé
el canto mecedor de
la amargura humana.*

Durante la guerra de Inglaterra con Estados Unidos, entre 1775 y 1783, un soldado inglés, que se había destacado en la batalla, fue hecho prisionero y condenado a muerte.

El soldado era cristiano.

Sabía cantar bien.

Cuando le preguntaron cuál era su última voluntad, el joven soldado contestó:

“Antes de que me maten quiero cantar el Salmo 119, que lo sé de memoria”.

Cuando iba por el versículo 89, un jinete llegó corriendo montado a caballo. Llevaba el indulto que le habían concedido al joven inglés.

Un Salmo le salvó la vida.

El Salmo 1 se abre con una bienaventuranza:

“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos” vrs. 1.

Es decir, comienza exactamente igual que el famoso Sermón del Monte:

“Bienaventurados los pobres en espíritu” (Mateo 5:3).

El 1 es un Salmo importante. Está considerado como el que resume el contenido completo de los 150.

El contenido del Salmo primero puede resumirse en dos ideas fundamentales:

Los justos son motivo de bendición de parte de Dios.

Los malos acarrearán su propia desgracia.

San Agustín, en el siglo V, decía que el Salmo 1 podía aplicarse perfectamente a Jesucristo.

Fue el único que *“no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores”*.

Los versículos 1 y 2 describen al joven por sus acciones.
Por lo que no hace.
“No anduvo en consejo de malos”.
Por lo que hace.
“En la ley de Jehová está su delicia”.
El joven cristiano no debe andar en consejo de malos.
No debe frecuentar los lugares que frecuentan los pecadores.
Debe saber que pertenece a dos mundos:
El mundo de la tierra.
El mundo del cielo.
Debe vivir aquí de forma que no avergüence a la patria celestial.
Muchos jóvenes han dejado la Iglesia y se han divorciado de Dios porque han escuchado consejos de amigos no cristianos.
Los jóvenes cristianos han experimentado la gracia del Señor Jesucristo.
Los jóvenes malos, generalmente ateos o indiferentes a la religión, nada saben de la vida espiritual.
Ellos y los cristianos piensan de diferentes maneras.
Por lo mismo, los jóvenes y las jóvenes que tienen a Cristo en su corazón no deben escuchar los consejos de los malos.
Un famoso director de la Universidad francesa de Marsella, André Maurois, escribió una especie de testamento que se encontró entre sus papeles después de morir. Decía:
“Si yo fuera joven otra vez me apartaría de los amigos que me aconsejaron mal y buscaría amigos que me aconsejaran bien”.
Salomón dice en los Proverbios:
*“No entres por la vereda de los impíos,
Ni vayas por el camino de los malos.
Déjala, no pases por ella;
Apártate de ella, pasa.
Porque no duermen ellos si no han hecho mal,
Y pierden el sueño si no han hecho caer a alguno”* (Proverbios 4:14–16).

“Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

*“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado”.*

Escarnecedor, manteniéndome en la aplicación del Salmo a los jóvenes, es un joven que reúne estas características:

Es un joven que se ríe de otro.

Un joven que humilla a otro.

Un joven que ofende a otro.

Un joven que ridiculiza a otro.

Un joven que injuria a otro.

Un joven que insulta a otro.

Un joven que se burla de otro.

Un joven que calumnia a otro.

Un joven que deshonra a otro.

Un joven que agravia a otro.

Clemente de Alejandría, escritor cristiano del siglo segundo, dice que la silla de escarnecedores *“es la complicidad del cristiano con los escarnecedores”*.

Un famoso comentarista de la Biblia del siglo 17, Mathew Henry, es más específico. Para él las sillas de escarnecedores son *“las sillas de las tabernáculos donde se sientan los borrachos para llenarse de licor”*.

Otro célebre comentarista de la Biblia, el inglés Spurgeon, quien vivió en el siglo 19, escribe:

“Las sillas de los escarnecedores pueden parecernos cómodas y presentarse como elevadas y sublimes, pero están muy próximas a las puertas del infierno. Huyamos de ellas, porque muy pronto han de quedar vacías y la destrucción eterna engullirá a todos los que en ellas se sientan”.

El primer versículo del Salmo nos da tres consejos.

No andar en Consejos de malos.

No andar en caminos de pecadores.

No andar en sillas de escarnecedores.

Tres negaciones.

Huir.

Huir del consejo del malo.

Huir del camino de los pecadores.

Huir de las sillas de los escarnecedores.

Pablo a Timoteo.

“El joven de Dios huye de estas cosas”.

De los malos consejos.

De los caminos de pecado.

De las sillas de los escarnecedores.

“Y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre” (1ª Timoteo 6:11).

El año 1961 yo viví en Londres de Enero a Diciembre. Además de estudiar el idioma me matriculé en un curso de Periodismo avanzado. Asistía a una Iglesia independiente. Allí conocí a Selden. Entonces tenía 28 años. Un domingo que me invitó a comer después del culto me contó su historia.

La traigo aquí porque encaja perfectamente con el Salmo del que estoy escribiendo.

Fue criado en el seno de una familia muy cristiana. Él mismo iba todos los domingos a la Iglesia y estaba activo.

A los 18 años ingresó a la Universidad. *“Allí, me contó, caí en todo lo que dice el primer versículo del Salmo 1. Dejé la Iglesia.*

Anduve en consejos de amigos malos, todos ateos.

Seguí sus caminos, el camino de pecadores.

Compartí con ellos sillas en los bares y en discotecas nocturnas.

Afortunadamente para mí, mi padre nunca me abandonó.

Gracias a él, abandoné los malos caminos al cumplir 25 años y regresé al Señor y a la Iglesia.

Pero viví siete años de amargura, siete años que no se los deseo a nadie”.

Cuídate, que no te ocurra lo mismo.

CAPÍTULO III

El joven y la Biblia

En el capítulo anterior escribí sobre *El joven justo*. Siguiendo la lectura del primer salmo aquí correspondería exponer los versículos 2 y 3, pero añadido de nuevo el 1 con el fin de mantener la sintonía general.

*“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado;
Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.
Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas,
Que da su fruto en su tiempo,
Y su hoja no cae;
Y todo lo que hace, prosperará”* (Salmo 1:1–3).

Es importante tener en cuenta que cuando el Salmo uno habla de la Ley, no se refiere a los diez mandamientos ni al resto de las leyes dadas por Dios a Moisés, es la Palabra de Dios de Génesis a Apocalipsis.

La Ley, para los cristianos en los días actuales es toda la Palabra de Dios.

*“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma;
El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.*

*Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón;
El precepto de Jehová es puro, que alumbró los ojos.
El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre;
Los juicios de Jehová son verdad, todos justos*". (Salmo 19:7-9).

Esta es la Ley a la que se refiere el Salmo uno:

El testimonio de Dios.

Los Mandamientos de Dios.

Los preceptos de Dios.

El temor de Dios.

Los juicios de Dios.

Es decir, toda la Biblia.

Aquí tengo una cita de Abraham Lincoln, el que fuera gran presidente de Estados Unidos.

"Estoy ocupado en leer la Biblia. Este libro, de la primera a la última página me inspira y me da fuerza, porque es Palabra de Dios".

Meditar es mucho más que leer la Biblia.

Meditar es estudiar la Biblia.

Meditar es concentrarse en lo que se está leyendo.

Meditar es examinar lo que se lee.

Meditar es ir escribiendo las frases que más destacan en el texto.

Meditar aumenta la fe.

Meditar fortifica a los cristianos débiles.

La Biblia no es para tomarla del cajón y llevarla al culto el Domingo.

Algunos jóvenes, ni siquiera hacen eso.

Piensan que es cosa de la abuela.

Aunque no todas las abuelas leen y meditan en la Biblia todo lo que deberían.

Un predicador pregunta a una niña de 10 años.

—¿Así que vas a la Escuela Dominical los domingos?

—Sí, señor, responde la niña.

—¿Y conoces bien la Biblia?

—Sí, señor.

–¿Puedes decirme algo que haya en ella?

–Sí, puedo.

–Dímelo.

Responde la niña:

–Una foto antigua de mi madre.

–Una servilleta sucia.

–Un mechón de pelo que me cortó mi madre cuando yo tenía dos años.

–Parte de un billete antiguo para un autobús.

¿Creen que en esa casa se meditaba la Biblia?

Cuando se escribió el Salmo uno la Biblia hebrea tenía sólo 18 libros, de Génesis a Job. Nosotros tenemos 39, 21 más en el Antiguo Testamento, desde Salmos hasta Malaquías, y 27 en el Nuevo Testamento, desde Mateo a Apocalipsis. Disponemos de una literatura mucho más amplia para meditar en ella. 39 libros en lugar de 18, cuando se escribió el primer Salmo.

Los miembros de la Iglesia en Berea tenían el Antiguo Testamento completo. Pero no tenían los 27 libros que siguen.

Cuando Pablo y Silas predicaban en aquella ciudad el Nuevo Testamento, dice Lucas:

“Recibieron la palabra con solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

Escudriñar es un verbo transitivo que también significa: *“Meditar una cosa en todos sus pormenores”*.

El Salmo insiste en que la meditación ha de ser continua:

“En su ley medita día y noche”.

Este versículo tan sencillo encierra todo un mundo de santidad y espiritualidad.

Aquí tenemos:

Lo Malo.

Lo Bueno.

Lo Mejor.

Lo Malo es no leer ni meditar la Biblia.

Lo Bueno es meditarla al menos una vez al día.
Lo Mejor es meditarla por la mañana y por la noche.
Decía David:

“En tus hechos maravillosos meditaré” (Salmo 145:5).

Meditar la Palabra día y noche proporciona al menos cuatro beneficios:

Su alimento espiritual nos atrae.

Su alimento espiritual nos mantiene.

Su alimento espiritual aumenta nuestra fe.

Su alimento espiritual contribuye a ir formando nuestra vida en la gracia.

“Creciendo en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”, como dice Pedro en 3:18.

La meditación de la Biblia produce deleite.

¿Qué es el deleite?

Alegría.

Felicidad.

Satisfacción.

Regalo.

Placer.

Contentamiento.

Y otros adjetivos que podríamos añadir.

Deleite no es simplemente amor a la Biblia.

Deleite es una consecuencia de meditar la Biblia.

Recrearse en sus enseñanzas.

Puedes deleitarte con una botella de alcohol y al día siguiente tener dolores en la cabeza y en otras partes del cuerpo.

Deleitarse en la Biblia es vivir cerca del cielo.

Dice el salmista:

“Dulce será mi meditación en Él.

Yo me regocijaré en Jehová” (Salmo 104:34).

Francia es una nación de ateos.

Un filósofo ateo, Voltaire, tenía un discípulo cristiano que leía la Biblia. Un día el filósofo mandó al joven varios de sus libros con una tarjeta que decía:

“Para que te deleites en su lectura”.

El joven le envió una carta en la que respondía:

“Estimado profesor: Si puede usted ofrecerme algo que me deleite más que el Sermón del Monte, las parábolas del Hijo Pródigo y del Buen Samaritano, o algún código moral que supere a los Diez Mandamientos, hágalo”.

El filósofo no respondió.

*“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas,
Que da su fruto en su tiempo,
Y su hoja no cae;
Y todo lo que hace, prosperará”.*

Después de hablarnos del joven que medita día y noche en la Palabra, que se deleita en la Ley de Jehová, el salmista utiliza otras figuras para destacar las cualidades que lo adornan.

Como un árbol plantado. No se trata de un árbol que crece al azar.

El salmista habla de un árbol escogido, cuidadosamente plantado, regado, cuidado.

Un escritor del siglo IV, Hilario de Poitiers, dice que se trata de un árbol conocido en español como Adelfa.

Su fruto tiene numerosas semillas.

La adelfa crece en la orilla de los ríos.

Puede alcanzar una altura de cuatro metros.

No dice corriente, en singular, sino corrientes, en plural.

Son los ríos de la gracia.

Los ríos del perdón.

Los ríos de las promesas de vida eterna.

Los ríos de la vida con Cristo.

Esta es la imagen del joven cristiano.

Los jóvenes que meditan en la Ley de Dios son como árboles plantados en ríos de aguas vivas. Dan su fruto a su tiempo

Un árbol plantado con cuidado y en lugares donde abunda el agua da su fruto cuando le llega el tiempo.

En Cristo Dios te ha plantado junto a los ríos de agua viva que menciona en Juan 7:38. De haberte plantado en ríos de agua muerta morirías, como moriría el árbol. Te ha plantado junto a ríos de agua viva, el Espíritu Santo, la Palabra, para que lleves fruto.

¿Cuántos años tienes? ¿Cuántos años llevas de convertido?
¿Cuántos jóvenes han sido convertidos por medio de ti?

¿Ninguno? ¿No sientes vergüenza? ¿No sientes pena?

El salmista escribe antes del fruto que de la hoja.

Cuando Cristo se acercó a una higuera no halló fruto, solamente hojas.

¿Qué estas dejando para el Señor, hojas secas o fruto de vidas rescatadas?

Un famoso autor italiano, Curzio Malaparte, quien murió en 1957, dijo antes de morir:

“Mi existencia ha sido un fracaso. El árbol de mi vida sólo ha producido hojas secas”.

A ti te quedan muchos años de vida. Pero ¿morirás como el autor italiano?

“Todo lo que hace prosperará”.

¿Qué joven prospera en la obra del Señor?

El que no anduvo en consejos de malos.

El que no estuvo en caminos de pecadores.

El que no se ha sentado en silla de escarnecedores.

El que medita en la Ley de Jehová.

El que vive con los ríos de agua viva en el corazón.

El que lleva frutos para Cristo en lugar de hojas secas.

En uno de sus sermones el fundador del Movimiento de Restauración, Thomas Campbell, dice:

“No se trata de una prosperidad material. Si fuera así todos se apuntarían al Salmo 1. Es una prosperidad espiritual. Lo que dice Salomón en Proverbios 4:18:

“La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto”.

Con todo, si la prosperidad material es una consecuencia de andar con Dios, bienvenida sea, siempre que se haga buen uso de ella.

Conozco a un cristiano empresario de ordenadores en Madrid. Dios ha prosperado su negocio. Pero él emplea el dinero para ayudar a cristianos necesitados y a la Iglesia donde se reúne. Es predicador voluntario de la misma.

Cuando tuve una campaña en Caracas en abril de 2017 llevé dinero para que compraran alimentos 490 familias. Él me entregó 500 euros.

La prosperidad material, usada en la obra de Dios, no es mala.

Tengo en mi Biblioteca un libro que dice:

- Hablo todos los idiomas.
 - Me leen por todos los rincones del mundo.
 - Tengo información sobre todos los temas.
 - En mí se han inspirado escritores, poetas, pintores, músicos y otros artistas.
 - En el estado de California han hecho películas sobre mí.
 - Trato a todas las personas por igual, sin discriminarlas por ser negras, blancas, amarillas o de cualquier otro color.
 - Tengo enseñanzas tanto para ricos como para pobres.
 - Tengo poder para cambiar a las personas.
 - Tengo poder para enriquecer las vidas.
 - Soy amigo, consejero y consolador.
 - Soy el pan de vida.
 - Tengo un mensaje de salvación para todo el género humano.
 - Tengo poder para conducir a las almas hasta el trono de Dios.
- Este libro es la Biblia.
- Estoy escribiendo a jóvenes chicos y chicas. Varones y hembras.

¿Qué haces con tu Biblia?

¿La tienes encerrada en un cajón?

¿No la acaricias nunca?

¿Sabes que es Palabra de Dios, que Dios te habla a través de ella?

¿La llevas el domingo al culto?

¿La meditas noche y día?

¿Sólo una vez al día?

¿Una vez a la semana?

No olvides que en la Ley de Jehová está tu delicia.

CAPÍTULO IV

El joven justo y el joven malo

Este es el tercer capítulo que escribo sobre el Salmo 1.

En el primero traté del joven justo:

*“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado” (Salmo 1:1).*

En el segundo discurrí sobre el joven y la Biblia.

*“Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.
Será como el árbol plantado junto a corrientes de aguas,
Que da su fruto en su tiempo,
Y su hoja no cae;
Y todo lo que hace, prosperará (Salmo 1:2–3).*

En este tercer capítulo voy a referirme al joven justo y el joven malo:

*“No así los malos,
Que son como el tamo que arrebata el viento,
Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio,
Ni los pecadores en la congregación de los justos.*

*Porque Jehová conoce el camino de los justos;
Mas la senda de los malos perecerá” (Salmo 1:4–6).*

Con el versículo 4 se inicia la segunda parte del Salmo 1.

En oposición al joven justo que se deleita en la Ley de Dios, el salmista describe la situación de los malos.

Se dice de un joven malo cuando tiene una conducta que rompe las reglas de la ética, de la moral y de las acciones civilizadas.

Malo es el joven, chico o chica, que carece de bondad, que sólo realiza acciones negativas, destructivas.

Una mala vida puede conllevar una mala muerte si el malo no cambia de conducta.

El cine y la vida nos enseñan que un joven malo, delincuente, puede caer muerto por un disparo de policía o de otros malos.

¿Por qué hay jóvenes malos?

Porque se juntan con malas compañías.

Porque llegan a perder el sentido de la conciencia.

Porque no han sido educados debidamente. No les enseñaron el bien.

Un joven hondureño de 23 años fue condenado a muerte por robo y asesinato cuando la pena de muerte existía en aquel país centroamericano.

Un día antes de ser ejecutado la madre lo visitó en la cárcel. A través de las rejas dijo:

–Hijo mío, yo no te eduqué para el mal.

El joven respondió:

–Tampoco me educaste para el bien.

Los países de América Latina afrontan un grave problema con las pandillas juveniles, compuestas por jóvenes dedicados al Mal.

En toda la América Central estos jóvenes son conocidos como los Maras.

Europa tiene 744 millones de habitantes.

Se calculan 30 millones de jóvenes involucrados en pandillas de delincuencia y del mal.

América Latina tiene 625 millones de habitantes.

Hay 20 millones de jóvenes que andan por los caminos del mal.

Este Salmo primero no es el único que habla del joven malo.

El tema se trata en otros Salmos. Que Dios nos libre de los malos

“Pacientemente esperé a Jehová,

Y se inclinó a mí, y oyó mi clamor.

Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso;

Puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos” (Salmo 40:1-2).

Dios libre nuestra alma de los malos.

“Levántate, oh Jehová;

Sal a su encuentro, póstrales;

Libra mi alma de los malos con tu espada” (Salmo 17:13).

El malo se desentiende de Dios.

“Pero al malo dijo Dios:

¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes,

y que tomar mi pacto en tu boca?

Pues tú aborreces la corrección,

Y echas a tu espalda mis palabras” (Salmo 50:16-17).

El malo desprecia a Dios.

“¿Por qué desprecia el malo a Dios?

En su corazón ha dicho: Tú no lo inquirirás” (Salmo 10:13).

La primera línea del versículo 4 es comparativa: *“No así los malos”*.

Estas cuatro palabras destacan la diferencia entre jóvenes creyentes, jóvenes buenos, y jóvenes malos.

“No así los malos” está diciendo que los malos:

No son bienaventurados.

No se deleitan en la Ley de Dios.

No meditan la Biblia.

No están plantados junto a arroyos de agua.

Lo que hacen no prospera.

Andan en camino de pecadores y se sientan en sillas de escarnecedores.

Por muy duro que pueda parecer el salmista, esta es la verdadera condición de los malos delante de Dios.

“Son como tamo que arrebató el viento”.

Tamo: es el polvo o paja menuda de semillas trilladas.

Pelusa que se cría debajo de los muebles.

A los ojos de Dios, los malos son seres inestables, que van donde los lleva el viento y que pueden morir como un soplo.

“No se levantarán los malos en el juicio”.

Cuando llegue el día del juicio final los malos no levantarán cabeza para protestar.

Entonces ocurrirá lo que dice Mateo en 3:12:

“Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará”.

“Ni los pecadores en la congregación de los justos”.

Teniendo en cuenta que está hablando de los tiempos finales, el día del juicio:

La congregación de los justos es el cielo.

¿Por qué los malos no irán a la congregación de los justos?

Porque los justos van por el camino de Dios.

Los malos por el camino del Diablo.

Hay que tener mucho cuidado en no pasar de un camino a otro.

Un agricultor tenía problemas con los cuervos que estropeaban sus sembrados.

En su casa tenía un loro, un papagayo, al que sus hijos querían mucho.

Un día vio a un grupo de cuervos en sus campos. Tomó la escopeta y disparó.

Cuando se acercó al grupo comprobó que había matado al papagayo.

No sabía que estaba entre los cuervos.

Lo llevó a la casa.

Los niños, llorando, preguntaban: ¿qué ha pasado, papa?

Las malas compañías, hijos, las malas compañías.

El papagayo había buscado la compañía de los cuervos.
A ti no te dispara tu papá. Te dispara Dios.
En el libro de Proverbios Salomón da estos consejos a los jóvenes cristianos:

*“Hijo mío, si los pecadores te quisieren engañar,
No consientas. (Proverbios 1:10).*

“Hijo mío, no andes en camino con ellos.

Aparta tu pie de sus veredas,

Porque sus pies corren hacia el mal,

Y van presurosos a derramar sangre” (Proverbios 1:15–16).

“Jehová conoce el camino de los justos” vrs.6.

Dios permanece atento al camino de los justos, los que han alcanzado justicia en Cristo.

Los cristianos.

Cristo dijo:

“Aún los cabellos de vuestra cabeza están todos contados” (Lucas 12:7).

Los jóvenes cristianos están en el mundo, igual que otros de la misma edad.

Los problemas de la sociedad en que viven les afectan por igual.

Las tentaciones son las mismas.

La diferencia es que los jóvenes cristianos tienen a Dios que vela por ellos.

“Aunque ande en valle de sombra de muerte,

No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (Salmo 23:4).

El Salmo que estamos estudiando dice que Dios conoce el camino de sus hijos.

Esta era también la confianza de Job:

“Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro” (Job 23:10).

“Mas la senda de los malos perecerá”.

Termina el Salmo 1 contraponiendo un camino y una senda, lo que equivale a dos caminos distintos.

La senda de los malos es la senda de la perdición.

Que Dios conozca la senda de los malos no quiere decir que Dios no se interese en que los malos cambien de camino.

“Conocer” no es “aprobar”. Dios quiere tu salvación:

“Pero al malo dijo Dios:

¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes,

y que tomar mi pacto en tu boca?

Pues tú aborreces la corrección,

Y echas a tu espalda mis palabras” (Salmo 50:16–17).

El llamamiento de Dios a los malos es más dramático en el primer capítulo de Isaías:

“Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.

Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisieréis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisieréis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho” (Isaías 1:16–20).

San Patricio fue un misionero cristiano que evangelizó Irlanda en el siglo V.

La leyenda dice que San Patricio condujo a todas las serpientes al mar, donde se ahogaron.

Ahora se dice en Irlanda: *“Es más difícil encontrar un pecador en el cielo que una serpiente en Irlanda”*.

Isaías dice que los malos serán consumidos.

El Salmo 1 añade que la senda de los malos perecerá.

¿Dónde estás tú?

¿Por qué camino andas?

¿Por qué no aceptas la invitación de Isaías hoy mismo?

Quiero terminar este tercer capítulo sobre el Salmo 1 con un poema que exalta la vida de los jóvenes, chicos y chicas:

Resolución.

*Continuaré mi senda sencilla de esperanza,
siempre fortalecido de fe y resolución;
iré cantando alegre con toda mi confianza,
de amor y de pureza henchido el corazón.
No seguiré la vía dura del pesimismo
que deja en las entrañas la venenosa hiel;
no marchó hacia la noche del triste fatalismo;
yo voy hacia la aurora con la alegría del fiel.
La queja que preocupa y el descontento amargo
no enturbiarán mi vista que mira al porvenir...
¡Qué tedio, qué agonía, qué camino más largo,
tiene toda existencia que no quiere reír!
¡Qué hermosa la mañana! ¡Qué grato cantar de aves!
¡Qué firme la promesa de nuestro Salvador!
¡Qué elevados motivos! ¡Muy justo es que yo alabe
al Padre que me ofrece contento, paz y amor!*

CAPÍTULO V

El joven y las ilusiones

Alba Torrens es una joven de 26 años nacida en Mallorca. Es la mejor jugadora de baloncesto de España. Fue campeona de Europa. Ganó la plata olímpica en los juegos de Rio de Janeiro. En una década ha ganado siete medallas.

El 30 diciembre 2017 el periodista Lucas Sáez le dedicó una página de entrevista en el diario de Madrid *El Mundo*.

El periodista le preguntó cuál era el secreto de sus éxitos. Y Alba Torrens respondió:

“Trabajo, constancia, humildad y, sobre todo, tener mucha ilusión y renovarla cada año”.

Tener mucha ilusión.

Renovarla cada año.

¡Precioso!

¿Qué es la ilusión?

He aquí varias definiciones tomadas de Diccionarios y Enciclopedias.

Una alegría desbordante que aparece en la conciencia.

Deseo de hacer algo grande, aunque no contemos con medios para ello.

Complacencia en una tarea en la que estamos involucrados.

Esperanza en cumplir proyectos que nos parecen imposibles.

Levantarse de todas las caídas y seguir mirando al infinito.

Escritores de todos los tiempos han escrito sobre la belleza y la grandeza de las ilusiones.

Ramón de Campoamor, poeta español, nacido en 1817 y muerto en 1901:

*“Quítame, oh Dios,
el oro y la fortuna,
pero vuélveme a dar
las ilusiones”.*

Enrique Ibsen, dramaturgo noruego, nacido en 1828 y muerto en 1906.

*“Quita a un hombre
corriente las ilusiones,
y le quitarás también
la felicidad”.*

Víctor Hugo, poeta y novelista francés, nacido en 1802 y muerto en 1885:

*“El alma tiene ilusiones,
como el pájaro alas,
eso es lo que la sostiene”.*

Ludwig Beethoven, compositor musical nacido en Alemania en 1770 y muerto en 1827:

*“La vida no puede ser
grande y bella sino
mediante las ilusiones”.*

Vivir con ilusiones es vivir en plenitud.

Vivir con ilusiones es dar sentido a la vida.

Las ilusiones producen un estado de ánimo alegre.

Una alegría que produce optimismo, animación, que permite ignorar la fealdad de la vida y admirar su belleza.

Vivir con ilusiones es aceptar las contrariedades de la vida.

La vida es como una aventura marina.

El mar no siempre se presenta sereno y tranquilo.

Tiene días de horizontes limpios y días de oleajes y tempestades.

La persona con ilusiones no pierde la calma ante los vaivenes de la vida.

Vivir con ilusiones es matar el aburrimiento. Cuando me llegaban hasta cien cartas diarias de personas que escuchaban mis programas de radio recibí una de una chica que decía tener 20 años. Escribía:

“Mi problema es que me aburro mucho. Hay días en los que no sé qué hacer”.

Las ilusiones matan el aburrimiento. A mí me sorprende mucho que alguien pueda aburrirse. Vive sin ilusiones.

Vivir con ilusiones no es levantarse un día muy optimista y otro día decaído.

Las ilusiones deben mantenerse desde la adolescencia hasta la vejez.

Es frecuente escuchar a personas de todas las edades decir: “He perdido las ilusiones por la vida”.

¿Las has tenido alguna vez?

Si las has perdido quiere decir que un día vivías con ilusiones. Trata de recuperarlas.

Vivir con ilusiones supone no decaer con los años. La vejez está en el cabello blanco y en las arrugas. Pero no debe estar en la mente. Tampoco en el corazón.

El problema de la vejez no está en que el cuerpo se debilita, sino en que el alma pierde las ilusiones. Y algunas no vuelven durante el resto de los años.

El poeta español José Leonardo Espronceda, una de las grandes figuras del Romanticismo, expresó esta verdad en unos sencillos versos.

*“Hojas del árbol caídas,
juguetes del viento son;
las ilusiones perdidas
son hojas desprendidas
del árbol del corazón”.*

El cristianismo existe porque en sus orígenes existieron hombres con ilusiones.

El primero de todos fue el mismo Jesucristo.

Tal como dice el Credo Apostólico Cristo era Dios y hombre verdadero.

Como Dios, su destino en la tierra estaba profetizado desde el Génesis.

Como hombre, vivió ilusionado ante la importancia de su ministerio.

“Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Juan 12:46).

Cuando Herodes trata de arrebatarle esas ilusiones, se muestra firme:

“Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole: Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo: Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra” (Lucas 13:31–32).

Nada ni nadie debe matar tus ilusiones.

Los apóstoles entendieron que en la vida nada es tan importante como vivirla con ilusiones. Ellos lo hicieron.

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hechos 2:32).

Con ilusiones invadieron aquellas tierras. En Tesalónica, los judíos gritaban:

“Estos que trastornan el mundo entero también han venido aquí” (Hechos 17:6).

Entre el siglo I y parte del IV judíos primero y romanos después desataron diez feroces persecuciones contra los cristianos.

Pero aquellos hermanos nuestros, hombres y mujeres, vencieron con ilusión.

Tertuliano fue un gran líder del Cristianismo. Vivió entre los siglos II y III en Roma. Hijo de un centurión romano se convirtió al Cristianismo en plena juventud. Fue el primer escritor latino que triunfó de todos sus enemigos.

En un escrito dirigido a los emperadores romanos en el siglo III les dijo:

“Somos de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestras fortalezas, vuestros municipios, vuestras corporaciones, vuestros campos, las tribus, las decurias, y el senado, el palacio y el foro. Lo hemos llenado todo. No os dejamos más que vuestros templos”.

Como Jesucristo, como los apóstoles, como los cristianos de los primeros siglos, nosotros, los que vivimos en este siglo XXI hemos de trabajar también con ilusión.

Sin ilusiones la humanidad morirá de desesperación o de aburrimiento.

Si los cristianos nos despojamos de las ilusiones el mundo queda desnudo.

Sin la capacidad para ilusionarnos no existe la alegría cristiana.

El primer destino de nuestras ilusiones es el cielo.

Leyendo la Biblia suspiramos por la posesión del cielo.

Añorando la segunda patria, la celestial, el salmista exclama:

“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Salmo 73:25).

Y en otro de sus Salmos añade:

“si subiere a los cielos, allí estás tú” (Salmo 139:8).

Si hemos puesto la mano en el arado hemos de proseguir con ilusiones hasta la entrada al cielo.

Los cristianos hemos de poner nuestras ilusiones en la conquista de la felicidad.

En 1953 el escritor irlandés afincado en Francia, Samuel Beckett, uno de los autores más famosos del siglo XX, estrenó en París una obra de teatro titulada *Esperando a Godot*.

Entre dos de sus personajes principales, Vladimir y Estragón, se desarrolla este diálogo:

Vladimir: Di que lo eres, aunque no sea verdad.

Estragón: ¿Qué tengo que decir?

Vladimir: Di, soy feliz.

Estragón: Soy feliz.

Vladimir: Yo también.

Estragón: Yo también.

Vladimir: Somos felices.

Estragón: Somos felices. (Silencio). Ahora que somos felices, ¿qué hacemos?

Vladimir: Esperar a Godot".

No hay felicidad sin Dios.

En el drama de Beckett, Godot es Dios.

La lección de este diálogo es que no hay felicidad posible sin Dios. Sin Dios la felicidad del ser humano no puede ser auténtica.

En Job leemos: *"Vuelve ahora en amistad con él y tendrás paz"*.

Otras versiones de la Biblia traducen: *"tendrás felicidad"*.

No hay contradicción: No existe felicidad sin paz en el alma. También la felicidad se conquista a base de ilusiones.

Las ilusiones constituyen la única cosa que nos lanza a la conquista de la felicidad, por la que suspiraba el salmista:

"No me desampares, oh Jehová; Dios mío, no te alejes de mí. Apresúrate a ayudarme, Oh Señor, mi salvación" (Salmo 38:21-22).

Los cristianos hemos de ser personas con ilusiones para vivir en este mundo tan conflictivo.

Los últimos datos que he obtenido de Internet dicen que, en Suecia, el país más rico de Europa, se suicidan unas 300 personas cada año.

De estas 300, más de 200 suelen ser cristianas evangélicas.

La Biblia solo habla de tres suicidas. Uno fue elegido por Dios y otro discípulo de Cristo.

El rey Saúl, 1º de Samuel 31:4.

Su escudero, 1º Samuel 31:5.

Judas, Mateo 27:5.

La vida pesa para todos:

El estrés.

Las depresiones.

Las enfermedades.

La situación económica.

La falta de trabajo.

Los problemas familiares.

La situación del mundo

El hambre.

Vicente Medina fue un poeta nacido en Murcia. De joven emigró a Argentina y allí conectó con iglesias evangélicas. En uno de sus poemas, *Cansera*, supo captar el cansancio de la vida y la falta de ilusiones en el ser humano. Por boca de un hombre de campo dice:

¿Para qué quieres que vaya?

¿Para ver cuatro espigas arrolladas

Y pegadas a la tierra?

¿Para ver los sarmientos arruinados

Y mustios y desnudas las cepas,

Sin un grano de uva,

Ni siquiera sombra de ella?

¿Para ver el barranco?

¿Para ver la ladera sin una mata?

¿Para ver las peñas?

Anda tú, si quieres.

Que a mí no me queda

Ni un soplo de aliento,

Ni una onza de fuerza,

Ni ganas de verme,

*Ni de que me mienten
Siquiera la cosecha.
Anda tú, si quieres,
Que yo puede que nunca
Pise más la senda,
Ni puede que la pase,
Si no es que entre cuatro,
Ya muerto, me llevan.*

El poeta retrata al hombre sumido en el pesimismo.

El hombre con las ilusiones rotas.

¿Qué queda en el corazón del ser humano para que renuncie incluso a la pasión de vivir?

¿Por qué existen hombres y mujeres agotándose como un río sin agua?

¿Por qué deciden dejar correr vanamente la vida sin buscar el auxilio de Dios?

En un momento de su vida David atraviesa una situación de extrema angustia. Dice:

“Mi vida está entre leones; Estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas; sus dientes son lanzas y saetas, y su lengua espada aguda” (Salmo 57:4).

En esa situación, alguna vez todos nos hemos hallado. Pero un cambio de situaciones, como ocurre en las películas, canta a la presencia de Dios:

“Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sobre toda la tierra sea tu gloria” (Salmo 57:5).

Los cristianos estamos viviendo en un mundo roto.

Un mundo que en cualquier momento puede reventar ante las amenazas nucleares de Estados Unidos, el Norte de Corea y ahora Rusia, China e Irán.

Aún así, nosotros hemos de mantener vivas nuestras ilusiones, porque en la tierra que pisamos no hay nada tan real ni de más valor que las ilusiones.

En su libro *Sin esperanza*, el poeta asturiano Ángel González dice en un breve poema:

*“Tuve ilusiones pasadas,
las mantuve hasta años maduros,
pero murieron,
porque no supe proyectarlas al futuro”.*

La Biblia no menciona ni una vez el adjetivo futuro, pero desde Génesis a Apocalipsis vemos a un Dios que asomado a la terraza del cielo se proyecta hacia el futuro, extendiéndose hacia adelante, como hacía el apóstol Pablo.

Cuando leemos los primeros capítulos del Génesis y el último del Apocalipsis nos queda la espera.

La revelación a Juan en la isla de Patmos termina con estas palabras de Jesús:

“Vengo en breve” (Apocalipsis 22:20).

¿Cuándo termina esta brevedad?

Nadie lo sabe.

Pero el texto nos mantiene mirando al futuro.

En el cielo todos tendremos la misma forma de vida.

Aquí, en la tierra, no.

La vida es privada y particular de cada uno de nosotros.

La tuya.

La mía.

La de él.

La de ella.

Pero todos hacemos el mismo recorrido mirando al futuro.

Tenemos la fe, la esperanza y las ilusiones puestas en el futuro.

El pasado es lo que no deberíamos haber hecho.

El presente, lo que no debemos hacer.

El futuro es lo que podemos hacer.

Lo que podemos hacer con nuestras ilusiones.

Una noche, al terminar un culto en México, se me acercó un hombre joven que quería hablar conmigo. Le calculé entre 30 y 35 años. Me dijo que había estudiado para ser predicador.

“Inicié mi ministerio en una iglesia cargado de ilusiones”

Hubo algunos problemas en la congregación y me fui.

Se me fueron todas las ilusiones.

Ahora voy a la Iglesia de vez en cuando, pero sin ilusión alguna.

Así existen en las Iglesias muchos hombres y mujeres que un día vivieron ilusionados la vida cristiana y pasado un tiempo la perdieron.

A unos que querían seguir a Jesús, el Señor les dijo:

“Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62).

En 1940, cuando Hitler empezaba a dominar Europa, había invadido Francia y declarado la guerra a Inglaterra, el primer ministro inglés, Winston Churchill dirigió a la nación un discurso por radio que hoy se puede leer en todas las Enciclopedias. Les dijo:

“Iremos hasta el final, peharemos en Francia, en el mar y en los océanos, lucharemos con una constancia y una fuerza creciente que se respirará en el aire. Defenderemos nuestra isla al coste que sea necesario; lucharemos en las playas, en los campos, en las calles, y en las montañas. Nunca nos rendiremos”.

Para los cristianos, la guerra no ha terminado.

Seguimos en guerra.

No es una guerra contra ejércitos de seres humanos.

Es peor.

Más mortífera.

“Contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad” (Efesios 6:2).

Mientras Dios nos tenga en la tierra hemos de pelear esta guerra con ilusión.

Seamos constructores de ilusiones.

Vivamos de tal manera que hasta nos duela la caja del pecho de tanto almacenar ilusiones.

CAPÍTULO VI

El joven y el ideal

“Muéstranos qué le hemos de decir; porque nosotros no podemos ordenar las ideas a causa de las tinieblas” (Job 37:19).

Pongamos un cerdo en un estercolero junto a un hombre en una noche estrellada.

El cerdo bajará su cabeza buscando alimentos en la basura.

El hombre mirará hacia las estrellas oteando el infinito.

La lección es simple: Los animales no son capaces de tener ideas. El ser humano, sí.

La palabra ideal es un adjetivo perteneciente o relativo a la idea.

Es un concepto inmaterial. Sólo vive en la mente, en la razón, en la fantasía.

Hay diferencia entre tener ideas y ser idealista.

Ideas tenemos todos; las de unos pueden ser más brillantes o más grises que las de otros. Pero todo ser pensante tiene ideas.

En cambio, no todos los seres humanos son idealistas.

El idealismo es lo opuesto al materialismo. Y en el mundo de hoy abundan los materialistas y escasean los idealistas.

En un texto de contenido profundamente filosófico, Job dice que las tinieblas que envuelven la mente del ser humano impiden ordenar convenientemente nuestras ideas.

Y donde no hay ideas claras no puede haber ideales.

Como el árbol tiene sus raíces en la tierra, el ideal las tiene en las ideas, en la mente. De aquí la necesidad de tener ideas luminosas si queremos ser personas de ideales elevados.

Un idealista es una persona que lleva dentro de sí misma una fuerza superior.

Confianza en sus posibilidades.

Fe en la vida.

Espíritu ardiente.

Alma ilusionada.

Predisposición a la lucha.

Metas concretas.

Capacidad de sacrificio.

Energía entusiasta y renovadora.

Para una persona con ideales, el mundo que lleva dentro de sí es lo más importante; y depende de sus propias fuerzas.

El poeta y filósofo alemán Goethe decía que en el pecho del idealista conviven dos personas.

Una que quiere aferrarse tenazmente al mundo de la realidad y de la materia.

Otra que se eleva poderosamente desde el polvo para remontarse a las regiones de los sentimientos más excelsos.

¡Es el ideal!

“¡Oh, ideal! Eres lo único que existe”, decía el gran novelista francés Víctor Hugo.

Con el ideal ocurre en la Biblia lo mismo que con la depresión.

En el Libro divino no se encuentra ni una sola vez la palabra depresión, pero hombres destacados en sus páginas sufrieron grandes procesos depresivos, como Elías, Job, Jeremías y otros.

La palabra ideal no está en la Biblia; aún así, en sus páginas leemos acerca de hombres que fueron idealistas eminentes, vivieron con fuerza y con pasión los ideales que inspiraban sus vidas.

Abraham: El ideal de la fe.

Abraham ocupa en la historia bíblica un lugar único. Desde Isaac en adelante, Dios se identifica muchas veces como “*el Dios de Abraham*”, lo que demuestra una relación de privilegio con el fundador del pueblo judío.

Por indicación de Dios, Abraham abandonó su tierra, su familia, sus propiedades, y se trasladó a una tierra que le era desconocida.

Las dificultades fueron muchas, pero Abraham persistió.

El autor de la epístola a los Hebreos dice de él:

“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba”. (Hebreos 11:8).

¡Este es el ideal!

¡Un ideal movido por la fe en Dios!

La persona idealista se lanza al vacío, emprende la aventura, no pregunta, actúa, se involucra, arrastra.

Una fe muerta deja a la persona sentada en el banco de la Iglesia.

Una fe impulsada por el ideal se levanta y anda, tal como ordenó Jesús al joven resucitado.

Moisés: Ideal en lo imposible.

Junto con Abraham, Moisés es otro de los grandes hombres de la Biblia. Sacó al pueblo hebreo de Egipto y lo guió por el desierto a lo largo de 40 años, hasta dejarlo a las puertas de la tierra prometida.

Durante ese largo período de tiempo Moisés tuvo que hacer frente a rebeliones de su propio pueblo, batallas con el enemigo, traiciones en el seno de su propia familia, litigios entre las tribus, escollos en la propia naturaleza, etc.

Todo esto habría vencido a un hombre menos fuerte que él.

Pero Moisés estaba sostenido por su ideal en lo que parecía imposible.

La epístola a los Hebreos resume su epopeya en estas palabras:

“Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible” (Hebreos 11:27).

¿Cómo puede verse lo invisible?

Aquí el Invisible es Dios, el Dios del Antiguo Testamento. Un Dios sin rostro, sin figura humana. ¿Cómo verlo?

Se trató de un imposible.

Pero en eso estriba la grandeza del ideal. En que cree posible lo que parece imposible.

En que es capaz de ver lo invisible.

La persona que pretende lo inalcanzable es más fuerte que el destino.

David: el desafío del ideal.

David está considerado como el más grande y el más amado rey de Israel.

En el Antiguo Testamento se le menciona 800 veces y 60 en el Nuevo.

Siendo un adolescente sus padres lo mandaron al campamento militar de Israel para que llevara alimentos a tres hermanos suyos que peleaban contra los filisteos.

Fue allí donde vio al gigante Goliat. Los soldados judíos huían de su presencia, atemorizados. David asumió el riesgo y dijo al rey Saúl:

“No desmaye el corazón de ninguno a causa de él; tu siervo irá y peleará contra ese filisteo” (1ª Samuel 17:32).

David peleó y venció. Con una simple honda y piedras de río mató al gigante Goliat, fuertemente armado.

El gigante constituía un desafío para todos los soldados hebreos. Ninguno quiso asumirlo. David lo hizo.

David se nos presenta aquí como un joven de ideales. Sabe que el ideal acepta todos los desafíos por muy grandes o muy peligrosos que estos sean.

Lo que nunca hace el ideal es darse por vencido de antemano, como el boxeador que sube al cuadrilátero asustado por la potencia del contrincante y su entrenador arroja la toalla al primer toque de campana.

Jesús: La valentía del ideal.

El ideal no es temerario; pero tampoco es cobarde.

Jesús padeció muchas amenazas de muerte. Lucas relata una de ellas, que ya menciono en el capítulo anterior.

“Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole: Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo: Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra. Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén”. (Lucas 13:31–33).

Jesús llama al rey Herodes “zorra”. La zorra es símbolo de astucia.

El ideal no se deja engañar por nadie.

Jesús indica que su vida tiene un plan definido y no está dispuesto a detenerse.

Caminará durante un tiempo hasta llegar a Jerusalén, su destino final.

Un paso atrás, ni para tomar impulso.

El ideal está revestido de un coraje, de una valentía, de una intrepidez tales, que no se acobarda ante las amenazas.

Ni siquiera ante las amenazas de muerte.

Pablo: El ideal y la creencia.

Escribiendo a Timoteo en su segunda epístola, Pablo le dice:

“Yo sé a quién he creído” (2ª Timoteo 1:12).

Esta es una de las características más destacadas del ideal: Seguridad en lo que se cree.

Firmeza en las convicciones.

En nuestro caso de cristianos, certeza de que el ideal está depositado en Cristo e impulsado por Él.

Necesitamos el ideal para crear al hombre nuevo.

El hombre nuevo del mundo.

Y ese hombre nuevo sólo puede ser creado en Cristo.

Por esto es preciso que nuestro ideal esté basado en la persona de Jesús de Nazaret.

Voy a dar un giro a este capítulo y entrar en la literatura secular.

Quiero analizar el sentido que tiene el ideal humano en el libro más famoso del mundo, después de la Biblia: *Don Quijote de la Mancha*, escrito a principio del siglo XVII por Miguel de Cervantes Saavedra.

A los autores cristianos se nos critica que en ocasiones abundamos demasiado en citas literarias en detrimento de la Biblia. No es cierto. Pero ¿puede un escritor obviar la literatura?

¿Conocía Jesús los libros del Antiguo Testamento?

Yo creo que los conocía todos, profundamente. Podía incluso citarlos de memoria.

Cuando tenía 12 años discutía en el templo con maestros del Antiguo Testamento:

“Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas” (Lucas 2:46–47).

En el Nuevo Testamento tenemos cuatro Evangelios que narran la vida de Jesús.

Aquí se recogen sus sermones, sus predicaciones, sus enseñanzas.

¿Cuántas veces cita Jesús el Antiguo Testamento?

¿En qué lugar de los Evangelios Cristo dice: “1º de Reyes 16:15, 2º de Crónicas 24:8, Amós 3:10”, etc. etc.?

Cuando predicaba no lo hacía citando el Antiguo Testamento, sino contando a sus oyentes historias extraídas de la vida diaria.

Esto puede comprobarlo cualquier persona que lea los Evangelios.

Yo utilizo constantemente la Biblia. Pero cuando el tema lo requiere recurro también a hechos que ocurren todos los días en la Sociedad o a enseñanzas extraídas de los libros que leo.

En esto estoy imitando a Jesús y a los demás autores del Nuevo Testamento.

Es lo que voy a hacer aquí con el tema del ideal en *Don Quijote de la Mancha*.

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”

Así comienza el libro más famoso que jamás se haya escrito, después de la Biblia.

Es el libro que en el “siglo 17 fue saludado con una carcajada, en el 18 con una sonrisa y en el 19 con una lágrima”.

Es un libro de propiedad universal. No pertenece a una época ni a una nación, sino a todas las épocas y a todos los países.

Como el *Hamlet* de Shakespeare y la *Iliada* de Homero, es propiedad de la literatura universal.

El Quijote está dividido en dos partes: La primera de ellas, de 52 capítulos, apareció impresa por primera vez en Madrid, a mediados de enero de 1605. Fue hecha esta primera edición en la imprenta de Juan de la Cuesta, hoy propiedad de la Sociedad Cervantina.

La dedicatoria de la segunda parte al Conde de Lemos está fechada en Madrid a 31 de octubre de 1615, es decir, después de 10 años de silencio, habiendo aparecido entre tanto el falso Quijote de Avellaneda.

El propósito confesado por su autor al escribir el libro era “desahacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías”.

Esto lo consiguió a las mil maravillas, pues después de ridiculizar esta literatura, bien porque este género ya estaba en decadencia, bien porque el Quijote le asestó un golpe mortal, sólo se publicó una novela de caballería, y ésta una reimpresión, la titulada *El Caballero de Febo*.

Con este fin, Cervantes crea dos personajes que han pasado a la Historia como la personificación de la gallardía, la valentía suicida, el ingenio cultivado y despierto cuando no se trataba de confundir a las mansas ovejas con ejércitos en marcha, en Don Quijote, y el hombre calculador, práctico, en Sancho Panza, aunque fiel a su señor, el Caballero de la Triste Figura.

Hay un tercer personaje importante en el libro, que es Dulcinea, la mujer idealizada y amada por Don Quijote.

Escritores de todos los países que han escrito sobre Don Quijote, y son muchos, están de acuerdo en que Dulcinea es una representación del ideal humano.

Don Quijote llama a su ideal Dulcinea. Pero el nombre nada importa. Dios, nuestra más grande realidad, no tiene nombre. “*Soy el que soy*”, dijo a Moisés. Es el que es. Para el caballero, el ideal está encarnado en nombre de mujer. ¡No pudo haber elegido otra figura de más acierto! La mujer es estrella, es beso, es flor, es luz, es vid:

*Hay una Dulcinea
Que es nuestra nada más;
Es ese rostro en que soñáis
Es el refugio en que encontráis
Alivio, amor y paz.*

Un ideal afianzado en el alma es una coraza contra las tormentas de la vida.

*Teniendo a Dulcinea
No hay nada que temer;
Lo que queráis podéis lograr;
Un rayo azul crepuscular
Habréis de poseer;
Podéis la vida así soñar,
Más siempre recordar
Que un rayo azul crepuscular
No es nada en realidad.*

Sobre el Quijote se han escrito libros, se han hecho películas, obras de teatro, series de televisión, representaciones musicales.

El más importante de todos los musicales en torno al Quijote es posible que sea *El hombre de la Mancha*, de Dale Wasserman.

En noviembre de 1965 se estrenó en el teatro Anta, de Nueva York, *El hombre de la Mancha*. Casi un año después, en septiembre de 1966, la obra se representó por vez primera en Madrid. Su autor es Dale Wasserman, judío americano afincado en Hollywood. Wasserman estuvo un verano en Madrid escribiendo el guion para una

película que nada tenía que ver con España. Aquí leyó por primera vez *El Quijote* y aquí nació la idea de escribir *El hombre de la Mancha*. Dice Wasserman que su propósito no fue adaptar *El Quijote*, sino pagar tributo a su creador, Cervantes, cuya dramática existencia no consiguió disminuir su comprensión por el género humano ni le hizo perder el sentido del humor ni la fe en sus semejantes.

Wasserman dijo, desde el primer momento, que su intención no fue la de hacer una adaptación más de *El Quijote* sino captar y transmitir el ideal que late tanto en el autor como en los principales personajes de la novela. El interés de Wasserman fue estimulado, según confesión propia, por una cita de Miguel de Unamuno en la que dice que sólo aquel que se enfrenta al ridículo puede llegar a cumplir lo imposible (ésta es la idea, no la frase literal de Unamuno, que pertenece a su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*).

Las dos partituras más conocidas de *El hombre de la Mancha* son *Dulcinea*, de la que ya he citado unas estrofas, y *El sueño imposible*. La letra de este magistral canto dice así:

*Me voy a transformar en otro hombre;
Entrad en mi imaginación y vedlo.
Atención, mundo ruin, despiadado y fanal;
Mira bien, porque pronto has de ver
Cómo un hombre de honor
A retarte es capaz
Y lanzarse a morir o vencer.
Con fe lo imposible soñar;
El mal combatir sin temor;
Triunfar sobre el miedo invencible;
En pie soportar el dolor
Amar la pureza sin par;
Buscar la verdad del error;
Vivir con los brazos abiertos;
Creer en un mundo mejor.
Luchar por el bien sin dudar ni temer;*

*Y dispuesto el infierno
A comprar si lo veo el deber.
Yo sé que si logro ser fiel
A mi sueño ideal,
Estará mi alma en paz
Al llegar de mi vida el final;
Y será este mundo mejor
Si hubo quien despreciando el dolor
Luchó hasta el último aliento
Por ser siempre fiel a su ideal.*

En el análisis de *El sueño imposible* encontramos las singularidades que más destacan en el ideal.

Dice Don Quijote: *“Me voy a transformar en otro hombre”*.

La transformación interior es condición indispensable para que el ideal arraigue. La Biblia enseña mucho a este respecto. Dios se transforma en niño para dar ejemplo de humildad al hombre. Y le dice que si él, a su vez, rehúye volverse niño, no entrará en el reino de los cielos. La fiera perseguidora que era Saulo de Tarso se transforma en el manso apóstol Pablo, inquilino de las cárceles y carne de muchos azotes. Pedro, inútil y tembloroso, vacilante, cobarde y lagrimerero, mal amigo durante un tiempo, se transforma por el ideal de la resurrección en Pedro corazón de león, valiente apóstol de los gentiles, desfacedor de entuertos farisaicos y retador de poderosos y engreídos gobernantes.

Dice Pablo que el hombre natural, el que no ha conocido la transformación, no está en condiciones de comprender las cosas que son del Espíritu. Y bien: tampoco puede percibir la fuerza del ideal, que sólo se arraiga en la mente y en el alma.

El ideal tiene su fuerza en la mente de la mujer y del hombre.

Así lo entiende Don Quijote cuando dice:

“Entrad en mi imaginación y vedlo”.

El estadista inglés fallecido en 1906, A.J. Balfour, dice: *“Nuestros ideales no corresponden a la medida de nuestras acciones, sino a la de nuestros pensamientos”*.

Pablo expresó las mismas ideas con distintas palabras:

“Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”
(Romanos 12:2).

Para el autor de Proverbios, el pensamiento es la brújula que dirige las acciones del hombre:

“Cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7).

El ideal va siempre dirigido contra las fuerzas materiales que quieren ahogarlo, vencerlo.

Cuando el ideal está fuertemente arraigado en el pensamiento y en el alma se considera suficientemente fuerte para desafiar al mundo.

Así lo entiende Don Quijote:

*“Yo soy yo, Don Quijote,
señor de La Mancha
me llama el destino a luchar;
y yo iré por el mundo
en pos de un ensueño
doquiera me guste llevar.
Donde me quiera llevar,
Hasta la gloria alcanzar”.*

El idealista no conoce límites. La persona con ideales tiene que vivir con los pies en la tierra y la ilusión en el cielo. Transformar el mundo y alcanzar la estrella, ésa debe ser su meta. Como lo canta el personaje:

*“Ese es mi ideal:
una estrella alcanzar,
no importa cuán lejos
se pueda encontrar”.*

Luego viene el reto:

*“Mira bien, porque pronto has de ver
cómo un hombre de honor
a retarte es capaz
y lanzarse a morir o vencer”*

El Caballero siente que la fuerza del destino le empuja a la lucha, le invita a recorrer los caminos del mundo en pos de un ensueño. Pero el Caballero sabe también que su ideal es demasiado valioso, sublime en exceso y no puede fijar su mirada última en el barro ni en el mundo. El ideal, para que tenga fuerza de Dios, para que sea agente transformador de corazones y regenerador de conciencias, ha de contar con la estrella, con la gloria. No importa cuán lejos se encuentre. Aunque haya que alcanzarla a través del túnel de la muerte.

El novelista inglés John Galsworthy, fallecido en 1933, decía que *“el ideal crece en proporción directa a la acción”*.

Parodiando palabras de Cristo, el ideal no puede ser una luz escondida en los rincones del cerebro. Debe iluminar nuestras acciones tanto como nuestros pensamientos.

Una frase contundente del pastor y escritor norteamericano Nathaniel Howe: *“La mejor manera de no ser nadie es no haciendo nada”*.

En una breve sentencia del poema, Wasserman hace decir a Don Quijote:

“Con fe lo imposible soñar”.

La fe mueve montañas. Los antiguos adoradores de Jehová se refugiaban en la fe y ésta les sostuvo en sus luchas y desmayos, porque la fe actuaba en ellos y andaban por la vida como viendo al invisible.

La fe, en palabras del Caballero, sueña lo imposible, lo que parece inalcanzable. La fe debe ser en toda persona de ideal *“la certeza de lo que espera”*. Y a diferencia del Caballero, lo que nosotros esperamos no es un sueño. Son realidades preciosas y precisas.

La fe que sostiene el ideal es la misma que llevó a Abel a ofrecer a Dios mejor sacrificio que Caín; a Enoc le condujo a la victoria sobre la muerte; animado de esta fe emprendió Noé la construcción del arca, Abraham abandonó su tierra y su parentela e Isaac, Jacob, José y otros conocieron numerosas dificultades.

Por esta fe emprendió Moisés la aventura del desierto y la ramera Rahab contribuyó a la victoria de Josué. Miles, millones de seres anónimos triunfaron sobre el mundo porque la fe era en ellos

como un ramillete de estrellas encendidas en el joyero tras una noche fatigosa.

La fe en el ideal es como un ejército que ante nada se detiene.

Sueña lo imposible.

Pasa por encima de todos los obstáculos.

“Por la fe Abraham salió sin saber adónde iba” (Hebreos 11:8).

Pero avanzaba con la vista puesta en el ideal: la tierra prometida.

Para Don Quijote, la fuerza del ideal se traduce en energía activa.

“El mal combatir sin temor;

triunfar sobre el miedo invencible;

en pie soportar el dolor...”

La confianza en nosotros mismos, en nuestras capacidades, en la fuerza de nuestro mundo interior puede conducirnos a la conquista del ideal. Estas palabras son del escritor alemán del siglo pasado H. Kraze: *“El mundo que cada uno lleva en sí es lo más importante y, en parte, depende de nuestras propias fuerzas el que se estructure grande, puro y bello; ni el lugar, ni el tiempo, ni las circunstancias externas pueden perjudicarlo en modo alguno”*.

Este espíritu inflamaba el ideal de Don Quijote. Pasaba por encima de las circunstancias contrarias. Se había propuesto combatir el mal. Triunfar sobre el miedo. Soportar el dolor a pie firme.

En estas palabras de Séneca está representado el hombre de ideales firmes, que no claudica ante los inconvenientes de la existencia: *“No te dejes vencer nunca por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del verdadero vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre”*.

El ideal debe aspirar a lo más elevado.

Tener intenciones, metas, objetivos. Tal era la ambición de Don Quijote:

*“Amar la pureza sin par;
buscar la verdad del error;
vivir con los brazos abiertos;
creer en un mundo mejor...”*

El ideal de Don Quijote, tal como se expresa en las cuatro líneas del poema, estaba saturado de intenciones nobles: amor, pureza, verdad, fraternidad, fe.

Eran fines elevados.

Construye demasiado bajo quien construye bajo las estrellas, a nivel de las algarrobas y el estiércol.

La falta de éxito en la vida no puede ser atribuida siempre a la mala suerte o a la carencia de oportunidades. Vivir sin ideales conduce al fracaso. Confucio decía: *“No son las malas hierbas las que abogan la buena semilla, sino la negligencia del campesino”*.

Pablo tenía en su vida una meta fija: *“Que acabe mi carrera... y el ministerio que recibí del Señor Jesús para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios...”*. (Hechos 20:24).

Ir por la vida sin ideales es como andar sin timón por el mar o sin brújula por los caminos.

El ideal rompe las barreras del miedo y de la duda y se mantiene firme a pesar de las dificultades que se le opongan. Así lo concibe Don Quijote:

*“Luchar por el bien
sin dudar ni temer;
y dispuesto el infierno
a comprar si lo veo el deber...”*

Vencedor o vencido, el idealista nunca cede. Cuando Don Quijote se encuentra postrado en tierra, con la lanza de su rival blandiendo sobre su rostro, es incapaz de traicionar el motivo de su ideal. Dice: *“Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza*

defraude esta verdad. Aprieta caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra".

Jesucristo estimula a la firmeza en el ideal cuando dice en Lucas 9:62: *"Ninguno que poniendo su mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios"*.

Una mirada hacia atrás convirtió a la mujer de Lot en estatua de sal.

"Iré a cualquier lugar, con tal de que ese lugar esté delante", dijo un idealista.

En uno de los momentos más dramáticos vividos por el pueblo judío tras su salida de Egipto, Dios dio a Moisés una orden extraña: *"Di a los hijos de Israel que marchen"* (Éxodo 14:15).

¿Hacia dónde?

Tras ellos corría el poderoso ejército egipcio.

Delante de ellos formaban barrera las aguas del Mar Rojo.

¿Qué camino elegir?

¿Hacia dónde marchar?

"Adelante, adelante siempre", gritaba Unamuno.

Don Quijote está convencido de que la lucha por el ideal es un imperativo del alma:

*"Yo sé que si logro ser fiel
a mi sueño ideal,
estará mi alma en paz
al llegar de mi vida el final"*.

Para Don Quijote, el ideal cumplido endulza los últimos instantes de la vida.

La paz inunda el alma cuando se llega a la muerte consciente de haber gastado la vida en la consecución de un ideal noble.

¿Qué pasaría por el corazón de Cristo cuando gritó desde la cruz: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"*? (Lucas 23:46).

Consciente del deber cumplido y del ideal vivido, Pablo escribe a Timoteo estas palabras:

“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2ª Timoteo 4:6–8).

Unamuno decía que el atleta no se fija en el recorrido, sino en la meta.

Don Quijote permaneció fiel a su ideal hasta el término de sus días.

Cervantes le devolvió el juicio antes de morir, pero esto no mató en él el ideal que mantuvo a lo largo de su vida. Estaba seguro del triunfo final cuando dijo:

*“Y será este mundo mejor
Si hubo quien despreciando el dolor
Luchó hasta el último aliento
Por ser siempre fiel a su ideal”.*

El idealista ha de ser fiel a su ideal hasta las últimas consecuencias del tiempo.

Éste es, también, el consejo de la Escritura: *“Se fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida”* (Apocalipsis 2:10).

Cuando Esteban dice que ve los cielos abiertos y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios, los fariseos ni siquiera querían oír sus palabras. *“Se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él”* (Hechos 7:57).

Pero las pedradas que mataron su cuerpo no lograron arrancarle la verdad de su ideal.

Mantente impávido y firme en tus más altos ideales. Hasta el final de tus días.

El día que desaparezcan las personas idealistas, el mundo no tendrá sentido. Así lo creía el poeta francés Alfredo de Vigny. En su libro *Diario de un poeta*, dice: *“El día que no exista entre los hombres ni el entusiasmo, ni el amor, ni la adoración, ni la abnegación, deberemos excavar un pozo que llegue al centro de la tierra, poner allí quinientos barriles de pólvora y hacer que estalle como una bomba en el firmamento”.*

El joven cristiano está llamado a ser un idealista, una persona con ideales elevados. Cervantes, Don Quijote, Dulcinea, Aldonza, Sancho Panza, Wasserman y todos los intelectuales citados en este capítulo son tan sólo símbolos, figuras humanas de las que podemos sacar muchas y muy buenas conclusiones.

Pero el cristiano tiene ante sí un modelo único, inimitable, inigualable: Cristo. El encarnado Hijo de Dios fue, como hombre, el más grande de todos los idealistas. Cristo anduvo el camino hasta el final. ¡Qué ejemplo el de Cristo! ¡Qué entrega la suya! ¡Qué visión del mundo y de la eternidad! ¡Qué fidelidad al ideal!

Siempre me ha sobrecogido de emoción y de gratitud el texto de Lucas 9:51: *“Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén”*.

En Jerusalén estaba la muerte.

Pero en Jerusalén estaba también la culminación del ideal que siempre vivió en Él.

CAPÍTULO VII

El joven y la amistad

Los jóvenes cristianos están llamados a sembrar amistad entre otros jóvenes y demás miembros de la Iglesia.

La amistad es una relación afectiva que surge entre dos o más personas.

La amistad tiene en sí grandes valores:

La lealtad.

La solidaridad.

La incondicionalidad.

La sinceridad.

El compromiso.

El trato asiduo.

El interés recíproco.

El amor.

Estos valores sobre la amistad no se encuentran a la vuelta de una esquina.

Hemos de desearlos.

Buscarlos.

Atesorarlos.

Hemos de vivir enamorados de la amistad y hemos de buscarla como buscamos el amor.

Si no tenemos amigos, la amistad podemos buscarla principalmente entre las personas que nos rodean.

Entre los hombres.

Entre las mujeres.

Entre los familiares.

En el trabajo.

En la escuela.

En la Universidad.

Entre nuestros vecinos.

Y especialmente, hemos de buscarla y encontrarla en la Iglesia.

Hombres y mujeres que destacaron por su sabiduría a lo largo de siglos nos dejaron valiosos pensamientos sobre la amistad.

He aquí algunos de ellos:

Enrique Rojas, psiquiatra:

“La amistad es el plato fuerte en el banquete de la vida”.

Francesco Alberoni, escritor italiano:

“El amigo debe desear el bien del amigo, no con palabras, sino con la acción”.

Mohamed Ali, campeón del mundo de boxeo:

“La amistad es una de las cosas más difíciles de explicar.

No es algo que aprendas en el colegio.

Pero si no has aprendido el significado de la amistad realmente no has aprendido nada”.

Francis Bacon, filósofo inglés:

“Se nos dice que debemos perdonar a nuestros enemigos, pero nadie nos dice que debemos perdonar a nuestros amigos”.

Charlotte Bronte, novelista inglesa:

“Para construir una amistad sólida, amaremos a nuestros amigos para su beneficio más que para el nuestro”.

En Proverbios Salomón escribe sobre la amistad con pensamientos que son de suma importancia para comprender la trascendencia y grandeza de este sentimiento.

Escribiendo como lo haría Confucio cinco siglos después, Salomón describe hasta seis tipos de amistad. Desde la amistad con almas nobles hasta la amistad perjudicial de los charlatanes.

Amistad y pobreza.

“El pobre es odioso aun a su amigo; pero muchos son los que aman al rico” (Proverbios 14:20).

Triste concepto de la amistad. No lo sigas jamás.

La amistad entre dos personas puede transformarse en un sentimiento opuesto si uno de los dos cae en la pobreza.

Cuando dispones de bienes materiales tienes al amigo cerca. Pero si la ruina te ataca, si pierdes lo que tenías, si te sumes en la pobreza, la persona que te alababa pasa de ti. Esto ocurre cuando los amigos lo son sólo de ocasión, amigos de mesa, incapaces de mantener la amistad en tiempos de tribulación.

Dice un proverbio chino que *“las buenas fuentes se conocen en época de sequía. Y a los buenos amigos en época de desgracia”*.

Amistad chismosa.

“El hombre perverso levanta contienda, y el chismoso aparta a los mejores amigos” (Proverbios 16:28).

Como el agua taladra la piedra, la persona chismosa quiebra las amistades.

Como dice el sabio, en sus labios hay llama de fuego, lenguaje chismoso, injurioso, que todo lo devora con sus críticas y murmuraciones.

Y aquí no caben las ilusiones. El que chismorrea contigo de los defectos ajenos también chismorrea con otros de los tuyos. Según el filósofo francés Blas Pascal, *“si todos los hombres supieran lo que dicen unos de otros no habría ni cuatro amigos en el mundo”*. Cuando el hombre abre la boca para chismorrear se está juzgando a sí mismo. Huye de los chismes.

Amistad y discernimiento.

“El que cubre la falta busca amistad; mas el que la divulga, aparta al amigo” (Proverbios 17:9).

Salomón confía en el claro discernimiento de la persona en relación con el amigo. Cubrir las faltas que conoce de él o divulgarlas.

Cubrir las faltas de tu amigo, arrinconarlas sólo para ti en un lugar de tu corazón, es un acto de amor. Divulgarlas es hacer añicos la amistad, separar a los amigos.

Opta por lo primero.

El amigo debe desear el bien de su amigo, no dañarlo.

Los animales son unos amigos tan discretos que no repiten habladurías.

Algo podemos aprender de ellos.

Amistad y hermandad.

“En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia” (Proverbios 17:17).

La misma idea sobre la amistad y la hermandad se repite en 18:24.

Se ha dado con relativa frecuencia que un hermano carnal desampare a otro, pero el verdadero amigo nunca lo hace.

El verdadero amigo ama en todo tiempo y resulta un verdadero hermano para el desventurado.

Al comparar al amigo con el hermano Salomón llega al clímax entre uno y otro. Como un hermano acude a socorrer a otro en tiempo de angustia, así actúa el amigo fiel.

Amistad correspondida.

“El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amigo” (Proverbios 18:24).

En tres líneas Salomón establece las bases de una amistad correspondida. Nos dice que la amistad no puede ser unilateral, que uno la practique y el otro no. El amigo fiel quiere ser correspondido.

El verdadero amigo siempre tiene una mano extendida hacia el otro. Una sonrisa amable. Una compañía generosa.

El que tiene un buen amigo ha de corresponderle con otra amistad sin reserva.

Salomón no desvaría. Salomón acierta.

Amistad desinteresada.

“Muchos buscan el favor del generoso, y cada uno es amigo del hombre que da” (Proverbios 19:6).

Idea similar a la comentada en 14:20.

¡Qué fuerte! ¡Y tan verdadero como la sangre que circula por nuestras venas! Si tienes posibles, si eres generoso, con un agujero en cada mano por donde circulen a chorros los ríos de tu dinero, como dice la copla andaluza, los dedos de las manos tendrías que multiplicarlos por cinco para contar el número de amigos que llamarán a tu puerta.

El que da generosamente de su dinero, dice Salomón, encuentra muchos amigos, pero advierte que la mayoría de las veces se trata de una amistad interesada.

La Biblia conoce el sentimiento de la amistad y lo valora positivamente.

No indaga el subsuelo en que brota la amistad, pero la acepta, la admira, la exalta y da normas para su cultivo y protección como hemos visto en el libro de Proverbios.

El Antiguo Testamento registra la presencia de hombres que fueron amigos entre sí, unos para el bien, otros para el mal.

Voy a ocuparme aquí sólo de tres casos.

Hira y Judá.

Quién era Judá.

El cuarto hijo de Jacob y Lea. El hijo primogénito de Judá se llamaba Er. Contrajo matrimonio con una mujer llamada Tamar. Murió y Tamar contrajo nuevo matrimonio con su cuñado llamado Onán. También este murió. A Judá le quedaba un tercer hijo, Sela. Según la Ley judía de aquellos tiempos, el tercer hijo debía casarse con la viuda. Pero era pequeño. Tamar esperó años.

Cuando Sela estaba en edad de matrimoniar Judá se negó a que lo hiciera con Tamar. Entonces Tamar se disfrazó de prostituta y paseó por el lugar donde Judá solía apacentar el ganado. La vio, la deseó, quiso estar con ella. Tamar puso condiciones. Ocurrió lo que cuenta Génesis 38:17-18).

“El respondió: Yo te enviaré del ganado un cabrito de las cabras. Y ella dijo: Dame una prenda hasta que lo envíes.

Entonces Judá dijo: ¿Qué prenda te daré? Ella respondió: Tu sello, tu cordón, y tu báculo que tienes en tu mano. Y él se los dio, y se llegó a ella, y ella concibió de él”.

Poco después, sigue la historia.

“Y Judá envió el cabrito de las cabras por medio de su amigo el adulamita, para que éste recibiese la prenda de la mujer; pero no la halló. Y preguntó a los hombres de aquel lugar, diciendo: ¿Dónde está la ramera de Enaim junto al camino? Y ellos le dijeron: No ha estado aquí ramera alguna” (Génesis 38:20–21).

¿Quién era ese amigo? Era de Adulam, de Cananea. Este hombre, llamado Hira, nos da un ejemplo admirable de amistad. Los comentaristas del Génesis dicen que tendría unos 60 años. Un hombre de esa edad preguntando a la gente del lugar por una ramera. ¿Qué pensarían de aquél viejo?

El Eclesiástico, libro apócrifo que figura en las ediciones católicas de la Biblia, dice en el capítulo 6 que *“quien haya un amigo fiel ha encontrado un tesoro”*.

Tesoro era para Judá su amigo fiel, quien por fidelidad a su amistad con Judá se expuso a murmuraciones.

Segundo ejemplo: David y Jonatán, amigos entrañables. Jonatán era hijo del rey Saul. Le correspondía el trono. David había sido elegido por Dios para suceder a Saul. Jonatán lo entendió así y fue fiel al amigo.

Jonatán, amigo fiel.

“Dijo a David: Lo que desearé tu alma, haré por ti.

Y Jonatán hizo jurar a David otra vez, porque le amaba, pues le amaba como a sí mismo” (1º de Samuel 20: 4 y 17).

Cuando Jonatán muere en la batalla contra los filisteos, David compone esta elegía en tono poético:

¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla!

¡Jonatán, muerto en las alturas!

Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán, que me fuiste muy dulce. Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres.

¿Cómo han caído los valientes, han perecido las armas de guerra!
(2º de Samuel 1:25–27).

Este cántico de David ha dado lugar a muchas especulaciones e interpretaciones. David y Jonatán eran dos hombres guerreros, viriles, varoniles. ¿Por qué el amor entre ellos no pudo haber sido más fuerte que el amor a las mujeres? ¿Dónde están los límites de la amistad?

¡Ojalá tuviéramos en nuestras iglesias jóvenes que se amaran con esa intensidad!

Un hombre inteligente llevaba un cuaderno sobre la amistad. En una página escribió: “*Amigos de mesa y bolsa*”. La lista era muy larga. En otra página decía: “*Amigos de corazón*”. Sólo había tres nombres. Seríamos afortunados si los jóvenes de nuestras Iglesias fueran amigos de corazón.

Quiero mencionar otra clase de amigos. Personas que se hacen amigas para el mal.

Este es el cuadro: Jesús ante Pilato. Los miembros del Sanedrín judío entregan a Jesús a Poncio Pilato. Pilato era romano. Representaba el poder del Cesar en Palestina. Pilato intenta salvar a Jesús. Para quitarse responsabilidades lo manda a Herodes. Herodes era judío.

Herodes y Pilato eran rivales. No se querían, se aborrecían. Pero en el ir y venir de Jesús se hicieron amigos.

“Y se hicieron amigos Pilato y Herodes aquel día; porque antes estaban enemistados entre sí” (Lucas 23:12).

Se hicieron amigos para el mal. Amigos para ir en contra de un hombre: Jesús.

He predicado en unos 50 países y estados, entre ellos en 20 de los 22 países que tiene América Latina. He visto muchas Iglesias en las que se juntan grupitos de amigos para atacar al predicador o a otros líderes.

Generalmente son algunos miembros de los más destacados en la congregación quienes convencen a hipotéticos amigos para que los apoyen.

Jóvenes, acercaos unos a otros, formar grupos, pero grupos de auténticos amigos espirituales que tengan como objetivo el bien, la paz y el crecimiento de la Iglesia.

En los capítulos 15, 16 y 17 de su Evangelio Juan recoge el último sermón pronunciado por Jesús antes de su muerte.

En el 15 el Maestro de Galilea trata de la amistad.

“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”. (Juan 15:14–15).

Si los apóstoles acompañaron a Cristo durante tres años hemos de deducir que ya eran amigos. Aquí sólo les advierte el modo de conservar la amistad.

A la manera en que uno dice a otro: ¿Eres de verdad mi amigo?

Los discípulos llamaban a Cristo “*Maestro*” y “*Rabi*”. Él acerca este tratamiento y les llama amigos. Cristo no discrimina la amistad. Algunos ricos no quieren ser amigos de pobres. Algunos blancos no quieren ser amigos de negros. Algunos negros no quieren ser amigos de indios. En Juan 13:14 Jesús se llama a sí mismo “*Señor*”. Pero no Señor como dueño de siervos, sino como Rey y Maestro.

“No os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos” (Juan 15:15).

Jesús nunca discriminó a las personas por el color de su piel, por su posición social ni por su situación financiera. Hemos de aprender de Él.

Jesús tenía un sentido tan cercano, tan íntimo de la amistad, que no tenía reservas para sus amigos. Les comunicaba hasta los secretos recibidos del Padre:

“Todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15:15).

Esta actitud de Jesús es lo más lejos que podemos llegar con la amistad entre cristianos. En uno de sus Salmos David evoca la existencia de un antiguo amigo a quien le contaba todo:

“Sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, mi guía y mi familiar; que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, y andábamos en amistad en la casa de Dios” Salmo 55:13–14).

Nosotros no elegimos a Cristo como amigo. Él nos eligió a nosotros:

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16).

No elegimos la amistad de Cristo como se elige a un político cuando votamos por él. Él fue primero en buscarnos. Primero en querernos. Primero en elegirnos como amigos. No esperemos que las personas vengan a nosotros en busca de amistad. Vayamos nosotros a ellas.

Al elegirnos Cristo como amigos tenía un propósito bien definido:

“Para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Juan 15:16).

Llevar fruto alude a la parábola de la viña. Que produzcamos sarmientos. Pámpanos. Uvas. Fruto. Almas convertidas. Y esos frutos permanezcan. Que cuidemos a los recién convertidos. Que estemos junto a ellos, como buenos amigos, a lo largo de su vida cristiana. Y explica de qué manera podemos ser sus amigos, amigos de Cristo.

“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14).

Porque amistad implica obediencia. Jesús nos explica de qué manera podemos y debemos ser sus amigos: haciendo todo lo que Él nos manda según se desprende de la lectura de los cuatro Evangelios, entre otras cosas, que llevemos fruto y nuestro fruto permanezca.

El apóstol Pablo termina las epístolas a los Corintios y Filipenses, diciendo:

“Todos los hermanos os saludan” (1ª Corintios 16:20; Filipenses 4:21).

Juan piensa de otra manera: Cuando concluye su tercera epístola dirigida a Gayo, escribe:

“Los amigos te saludan” (3ª de Juan 15).

¿Qué es más importante, la hermandad o la amistad? Cuando hice esta pregunta a estudiantes del Instituto Baxter, en Honduras, tres de ellos se levantaron y dijeron:

“La Hermandad”.

Sí y no.

La Hermandad es importante porque todos los convertidos somos hijos del mismo Dios. La hermandad está hecha, la amistad hemos de hacerla. La hermandad no depende de nosotros. La amistad sí.

Para ser hermanos en Cristo no tuvimos que hacer nada por nuestra parte. Cristo no pidió permiso a ningún joven cristiano para salvar a un no cristiano en China, en Australia o en Sudáfrica.

Nos hizo hermanos por su sangre. Pero amigos tenemos que hacernos nosotros.

Como conclusión a este tema sobre la amistad añado la siguiente historia:

En una clase en la Escuela Dominical el maestro pregunta a los niños quién es su mejor amigo.

Carlitos levanta la mano.

–Bien, Carlitos, dinos quién es tu mejor amigo.

–Dios, responde el niño.

–De acuerdo, sigue el maestro, pero queremos saber quién es tu mejor amigo en la tierra.

–Jesús, responde otra vez el niño.

Ser amigo de Dios y de Jesús es muy fácil, porque no los tenemos físicamente a nuestro lado.

Más difícil es ser amigo de aquellos que tratamos con frecuencia.

CAPÍTULO VIII

El joven y el trabajo

La primera noticia sobre el trabajo en la Biblia la encontramos en el tercer capítulo del Génesis.

Después de la caída en pecado impone a la mujer como castigo que daría a luz con dolores de parto. La serpiente, astuta y traicionera viviría arrastrándose.

El castigo sobre el hombre tenía que ver con su misión como jefe de familia. El trabajo. En lugar del jardín de delicias tendría que luchar con una tierra hostil y seca. La sentencia divina sobre el trabajo se repite en el contexto de los diez mandamientos.

“Seis días trabajarás” (Éxodo 20:9).

El filósofo y novelista francés Juan Jacobo Rousseau dice en su libro *Emile*:

“Trabajar constituye un deber indispensable para el hombre. Rico o pobre, poderoso o débil, todo ciudadano es un pilla”.

Salomón recomienda el trabajo y condena la pereza con el ejemplo de un animalito maravilloso y trabajador: la hormiga.

“Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento. Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño?” (Proverbios 6:6–9).

Con ocho versos reunidos en cuatro estrofas, Salomón describe el abandono que han contemplado sus ojos en el campo del perezoso. Se repiten ideas del capítulo 6:

“Pasé junto al campo del hombre perezoso, y junto a la viña del hombre falto de entendimiento; y he aquí por toda ella habían crecido los espinos, ortigas habían ya cubierto su faz, y su cerca de piedra estaba ya destruida. Miré, y lo puse en mi corazón; lo vi, y tomé consejo. Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir; así vendrá como caminante tu necesidad” (Proverbios 24:30–34).

El autor de la epístola a los Hebreos dice que Dios no es injusto para olvidar nuestro trabajo para beneficio de otros en el seno de la Iglesia.

“Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún” (Hebreos 6:10).

Todos los miembros de la Iglesia, incluidos los jóvenes, están llamados a trabajar juntos.

Juntos y unidos, como los primeros cristianos, según nos cuenta Lucas en el libro de los Hechos. En el 1:14 dice que los que habían creído:

“perseveraban unánimes”.

Y en el 18:3 añade que:

“trabajaban juntos”.

Al terminar una conferencia en Tijuana, Baja California, un joven de unos 24 años se me acercó y me dijo que quería hablar conmigo. Era líder de los jóvenes en la congregación. Me dijo:

“Yo hago todo cuanto puedo por unir a los jóvenes, formar un equipo, trabajar todos juntos en la Iglesia, pero es muy difícil. Cada cual va por su lado. No hay manera de que trabajen en equipo”.

Lo escuché con atención, oramos juntos y le recomendé que no desmayara. Entre los jóvenes, lograr que se constituyan en equipos dentro de la congregación no es tarea fácil. Sin embargo, es necesario e importante.

Trabajar en equipo supone la unión de varias personas involucradas en una tarea común y en la que cada cual hace su parte.

Si alguien preguntara por qué necesitamos equipos cristianos de trabajo contesto con palabras del apóstol Pablo en el primer siglo, aplicadas a la España del siglo XXI.

En los primeros capítulos de Romanos Pablo se dirige a personas cultas de Grecia y de Roma y, entre otras cosas les dice:

“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.

Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles”. (Romanos 1:21–23).

Los españoles de hoy viven también con el corazón oscurecido y faltos de entendimiento por lo que a Dios respecta.

Conocen a Dios.

No le glorifican como Dios.

No se muestran agradecidos a Dios.

Viven envanecidos en sus propios pensamientos.

El corazón sólo alberga tinieblas religiosas.

Cambian la gloria de Dios por imágenes a las que rinden culto.

Todos pecan contra Dios.

“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Ante esta situación religiosa del mundo a los jóvenes evangélicos se imponen dos obligaciones:

No avergonzarse del Evangelio.

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Romanos 1:16).

Quienes traducen al griego dicen que la palabra poder significa explosión, dinamita, potencia.

Predicar el Evangelio a toda criatura.

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15).

Criaturas son los miembros de todas las denominaciones evangélicas.

Criaturas son los ateos.

Criaturas son los agnósticos.

Criaturas son los antirreligiosos.

Criaturas son las prostitutas.

Criaturas son los homosexuales.

Criaturas son los drogadictos.

Criaturas son los blancos, los negros, los amarillos, los mestizos.

Y es aquí donde entra el equipo cristiano de trabajo. Como señale al principio, el trabajo en equipo consiste en realizar una tarea común entre varias personas. Trabajar en equipo tiene sus ventajas. Promueve la creatividad. Descentraliza las funciones. Impide que un pastor o un líder lo acapare todo. Intercambia libremente ideas y experiencias. Aporta conocimientos diferentes. Edifica a los miembros del equipo. Motiva que todos los participantes sean miembros de un mismo proyecto. Se construye un nivel de responsabilidades, coordinación, armonía, solidaridad y relaciones entre todos los participantes.

Además de las ventajas que he expuesto sobre el trabajo en equipo quiero añadir otros diez privilegios que señala la escritora Belén Gómez Pereira.

Establece confianza entre los miembros del equipo a medida que trabajan y se relacionan unos con otros.

Establece objetivos comunes. Todos los miembros persiguen la misma meta.

En nuestro caso el crecimiento y fortalecimiento de las Iglesias.

Sentido de pertenencia. Los miembros de un equipo de trabajo cristiano se identifican unos con otros.

Desarrollan una identidad común.

Saben que pertenecen unos a otros y todos al equipo.

Involucra al grupo. Hay personas que por sí solas no saben qué hacer.

Pero al trabajar en equipo se involucran y funcionan.

Consigue que cada miembro esté consciente de su pertenencia e impacto en el equipo.

Hay entendimiento. Es fácil subestimar o criticar el trabajo de otros cuando no se lo conoce a fondo.

Pero en el equipo cada miembro sabe en qué consiste el trabajo del otro, lo entiende y lo apoya.

Fomenta la comunicación. Los miembros del trabajo en equipo fomentan la relación entre ellos.

Se comunican entre sí. Se aconsejan. Se estimulan.

Forman una cadena de transmisión del pensamiento.

Estudian las ideas del otro.

Motiva la responsabilidad. Cuando una persona forma parte de un equipo sabe que el éxito o el fracaso es responsabilidad de todos.

En el equipo no existe esa frase tan poco afortunada:

“Este no es mi problema”.

Porque los problemas que surgen son compartidos.

Utiliza la diversidad. El equipo está formado por personas distintas.

Por si solas no harían nada, o harían muy poco.

En el equipo encuentran su lugar.

Sus compañeros pueden ser distintos a él.

Pero todos trabajan comprometidos en una misma causa.

Y comparten valores comunes.

Celebra el éxito grupal. Aunque es importante el reconocimiento del trabajo individual, cuando algo sale bien en el equipo todos se alegran por el resultado del grupo.

El equipo reconoce y alaba el resultado de cada uno. La alegría invade al grupo.

Necesidad del líder. Generalmente, el equipo lo forma el líder. En un equipo de trabajo debe destacar la figura del líder.

El sustantivo líder, que a veces se usa como nombre, no está en la Biblia. Pero los líderes sí.

Desde Moisés a Pablo, pasando por los profetas y apóstoles hasta Timoteo y Tito, el líder tiene un gran protagonismo en toda la Biblia.

En 1992 Editorial Clie publicó un libro mío titulado *La formación del líder cristiano*. Según mis noticias, el libro se ha publicado en varios países de América Latina.

Uno de los capítulos comenta el texto de Pablo en 2ª Corintios 3:6: Dice que Cristo nos hizo “*ministros competentes de un nuevo pacto*”.

Ser ministro, predicador o pastor es un privilegio. Pero ser un “*ministro competente*” va más lejos. Señala a líderes. En esta hora del mundo necesitamos jóvenes que lideren el trabajo cristiano.

Líderes que formen equipos.

Equipos que den nuevos impulsos a nuestras iglesias.

Un equipo de trabajo está compuesto por personas desiguales. Dada la procedencia de cada uno no se puede esperar que todos actúen de la misma forma.

Los apóstoles son un ejemplo de trabajo en Equipo. Cuando Jesús inaugura su ministerio espiritual elige a 12 hombres.

El número 12 tenía una gran carga simbólica: Doce patriarcas. Doce las fuentes de Elim. Doce las piedras que Josué mandó levantar del Jordán para encerrar el arca. Doce son los meses del año. Doce columnas de la Iglesia constituían los apóstoles, descabaladas por la traición de Judas y la sustitución por Matías.

Estos 12 hombres estarían junto a Él. Serían sus testigos. Sus confidentes. Los encargados de anunciar las buenas noticias del reino. Este equipo estaba compuesto por hombres que no eran iguales entre sí.

Pedro era hombre de pasión ardiente. Más corazón que cerebro. Su fe claudicaba entre judíos y gentiles. Esta fe le traiciona cuando niega a Cristo.

Andrés, hermano de Pedro, era totalmente distinto. Se dice de él que estaba dotado de gran sentido común y de espíritu de organización y sensibilidad.

Juan era hermano de Santiago, ambos hijos de Zebedeo. De naturaleza tierna. Destaca su fidelidad a Jesús al ser el único apóstol presente en la crucifixión.

Santiago, hermano de Juan, además de apasionado era ambicioso. Presiona a la madre para que solicitara los dos primeros puestos en el reino mesiánico. Su carácter intolerante le lleva a pedir a Jesús que enviara fuego del cielo contra los habitantes de una aldea de Samaria.

Santiago el menor, llamado así para diferenciarlo de Santiago el mayor. Algunos comentaristas del Nuevo Testamento lo identifican como hermano de Jesús y autor de la epístola que lleva su nombre.

De ser así, este apóstol se caracteriza por la fuerte denuncia social, tema que el equipo no debe obviar.

Felipe fue uno de los primeros discípulos de Jesús. Sin embargo, después de tres años con el Señor aún no estaba seguro de su identificación con el Padre.

En el equipo pueden existir también quienes no estén seguros de la primacía del líder.

En los Evangelios el nombre de Bartolomé sigue inmediatamente al de Felipe. La tradición cristiana afirma que Bartolomé evangelizó parte de India.

Un equipo auténticamente responsable no debe limitar su trabajo a lo local, lo regional, ni siquiera lo nacional. “*Id por todo el mundo*”, fue la orden de Jesús.

Tomás fue hombre contradictorio. Por un lado, anima a los demás discípulos a seguir al Maestro: “*Vamos también nosotros y muramos también con Él*”. Por otro lado, con espontaneidad algo brusca dice a Jesús que no sabe a dónde va ni sabe el camino. Y cuando se anuncia la resurrección de Cristo reacciona diciendo que sólo cree en lo que puede tocar.

Al fin y al cabo, un hombre.

La vocación de Mateo la narran los tres Evangelios sinópticos. También era llamado Leví. Se le llama publicano, recaudador de impuestos a favor del imperio romano, trabajo que los demás

apóstoles aborrecían. Zaqueo era jefe de los publicanos, rango superior al de Mateo.

Simón Zelote. Cuando Mateo nombra a este apóstol lo califica como Zelote (10:4). Los zelotes formaban un partido político nacionalista, dedicado a combatir a las autoridades romanas.

Era, por lo tanto, contrario y enemigo ideológico de Mateo.

Esto prueba que en un equipo pueden coexistir personas de distintas ideologías políticas cuando estén unidas por una tarea común de carácter superior.

Por otro lado, este Simón Zelote representa a los miembros de un equipo que no aportan nada. Ninguna actividad se le conoce en el Nuevo Testamento.

Judas Tadeo fue el autor de la epístola que lleva su nombre. Se le menciona en los cuatro Evangelios y en los Hechos, pero al igual que ocurre con Simón el Zelote, no se le conoce actividad alguna.

En un equipo de trabajo siempre hay miembros activos y miembros pasivos. Despiertos unos, dormidos otros.

La figura de Judas Iscariote es un ejemplo de que en un equipo de trabajo puede haber un miembro que reme en dirección contraria.

Independientemente de la traición Judas ofrece dos condiciones que pueden darse entre miembros de un mismo equipo: Era incrédulo. Era murmurador.

La principal característica de este primitivo equipo de trabajadores cristianos era su desigualdad.

Diferentes caracteres.

Diferentes ideas.

Diferentes comportamientos.

Diferentes procedencias sociales.

Diferentes concepciones de la vida.

Diferentes conocimientos.

Diferentes oficios.

Diferentes proyectos.

Pero estaban unidos en una tarea común: el seguimiento al Maestro y el anuncio de su mensaje.

Casi todos ellos fueron asesinados por el imperio romano.

Pero triunfaron.

En Tesalónica se lanza contra Pablo y Silas esta acusación:

“Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá” (Hechos 17:16).

Esto se decía en el primer siglo.

En el siglo segundo, exactamente el año 185, Tertuliano, ya citado, decía a los emperadores de Roma:

“Somos de ayer y lo hemos llenado todo del Evangelio de Cristo. Vuestros palacios, vuestras ciudades, vuestros cuarteles, vuestras instituciones. Solo os hemos dejado vuestros monumentos”.

El equipo de doce hombres formado por el joven judío de Galilea cuenta hoy con unos tres mil millones de seguidores.

Porque supieron trabajar unidos.

Sobre el tema del trabajo unido voy a dos ejemplos de guerra.

El 1 de enero de 1959 Fidel Castro fue elegido presidente de Cuba Inmediatamente entabló relaciones con la Unión Soviética.

Esto enfureció a Estados Unidos. No quería un régimen de izquierda frente a sus costas.

Improvizó un ejército compuesto por cubanos que vivían en Estados Unidos. El 18 de abril de 1961 desembarcaron en la Bahía Cochinos, a 165 kilómetros de la Habana, dispuestos a llegar a la capital y derrocar el Gobierno de Fidel.

Fue un fracaso rotundo. Las tropas de Castro mataron a unos 100 invasores y tomaron presos a 1.200. ¿Qué pasó?

Aquel ejército estaba mal preparado. No había unidad entre ellos, no formaban equipo. Todos querían ser capitanes y comandantes.

Todo fue distinto en la invasión de Normandía.

Entre junio y agosto de 1944 tuvo lugar en Europa uno de los más importantes acontecimientos de la segunda guerra mundial, el desembarco en las playas de Normandía.

El propósito del desembarco era liberar a Francia, que estaba ocupada por los alemanes.

Al frente de la operación estuvo el general Eisenhower, años después presidente de Estados Unidos.

El país más interesado en liberar a Francia era precisamente Estados Unidos.

Pero sabía que no podía hacerlo solo.

Eisenhower reunió a un millón de hombres procedentes de trece países.

Estados Unidos,

Inglaterra,

Canadá,

la Francia libre,

Polonia,

Bélgica,

Holanda,

Grecia,

Noruega,

Australia,

Nueva Zelanda,

Luxemburgo.

Cuando este millón de hombres estuvieron unidos pasaron a la acción.

Francia fue liberada tres meses después, el 25 de agosto de 1944.

En esta batalla se unieron cuatro factores:

Proyecto

Equipo

Unidad

Acción

Es lo que los jóvenes cristianos deben hacer:

Establecer proyectos.

Formar equipos.

Promover la unidad entre sus miembros.

Y luego pasar a la acción, al trabajo, que el proyecto no quede en un conjunto de buenas ideas.

CAPÍTULO IX

El joven y el amor

En su libro *Las damas galantes*, el escritor francés Pierre Brantôme dice que, “*para los jóvenes, todas las ambiciones del mundo no valen lo que vale el amor*”.

Amar representa más que ser rico, puesto que el amor hace a la persona más feliz que el dinero.

En el amor, los jóvenes aman más cuanto más ponen de ellos mismos, cuando sus corazones despiertan locuras de amor.

La Biblia es el libro del amor.

Todas las características del amor se encuentran en la Biblia.

He aquí las seis más destacadas.

Amor de Dios hacia nosotros:

“*De tal manera amó Dios al mundo*” (Juan 3:16).

Amor de nosotros hacia Dios:

“*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente*” (Mateo 22:37).

Amor de Cristo hacia nosotros:

“*Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*” (Juan 13:1).

Amor de nosotros hacia Cristo:

“*... Cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto*” (1ª de Pedro 1:8).

Amor en su esencia natural:

“Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor; duros como el Seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarían” (Cantares 8:6–7).

Amor fraternal:

“Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1ª de Juan 4:21).

De los escritores del Nuevo Testamento Juan es el que con más amplitud y profundidad escribe sobre las relaciones entre hermanos, jóvenes y mayores, basadas en el amor.

De un salto brusco en el capítulo 4 de su primera epístola el autor da otro salto brusco de la fe al amor entre hermanos.

Este capítulo puede ser considerado como un resumen de la teología de Juan.

Los cristianos, tanto los jóvenes en edad como los de juventud acumulada han nacido de Dios, destinados a ser luz del mundo. Pero si no se aman entre sí andan en tinieblas espirituales, porque el que no ama a su hermano no puede amar a Dios.

Pensar es importante.

Pero es más importante amar.

El corazón debe actuar en nosotros antes que el cerebro.

En el capítulo tres Juan nos ha dicho que la diferencia que separa a los hijos de Dios de los hijos del Diablo es el amor a los hermanos:

“En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (1ª Juan 3:10).

Ahora, en una larga sección que tiene 14 versículos, nos instruye en el arte, en la importancia, en la necesidad y en las razones del amor entre miembros de la misma Iglesia.

Un joven que daba clases a otros jóvenes en una iglesia de Ginebra, Suiza, me dijo en la tarde un domingo:

“Si yo pudiera suprimiría este capítulo 4 en la primera epístola de Juan, donde se nos dan mandamientos difíciles de cumplir”.

¿Cuáles son esos mandamientos?

Vamos a verlos.

El amor, más que palabras. Juan inicia este fragmento del capítulo 4 con un sustantivo masculino que redacta en plural: *“Amados”*.

“Amados, amémonos unos a otros”.

Habría sido distinto si hubiera empezado diciendo *“hermanos, amémonos unos a otros”*.

Porque hay hermanos a quienes les cuesta mucho amar a otros hermanos.

Para hablar del amor es preciso amar.

Es lo que hace el apóstol. Les señala a los cristianos de Asia la superioridad del amor fraterno y comienza diciéndoles que para él son amados en el Señor. Les ama en Cristo.

Si pedimos a otros que amen hemos de amar primero.

Un conocido proverbio español dice que *“obras son amores y no buenas razones”*.

Podemos amontonar argumentos a favor de que otros amen, pero el argumento por excelencia será el ejemplo propio.

El amor como imperativo: El amor a los hermanos es un imperativo de la persona convertida.

“Amados, amémonos unos a otros” (vrs. 7).

Es la tercera vez que formula la misma exhortación:

“Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros” (1ª Juan 3:11).

“Y este es Su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado” (1ª Juan 3:23).

Amar al hermano es una exigencia, una obligación, una consecuencia natural de nuestra fe.

En el capítulo cinco de esta misma epístola Juan escribe sobre un misterioso pecado de muerte ante el que no valen las rogativas (1ª Juan 5:16).

Puede que este pecado de muerte sea la falta de amor entre los hermanos.

Un joven, hombre o mujer, que no ama a sus hermanos en la Iglesia, ya está muerto.

Después de haber exhortado a los destinatarios de la carta a que se amen unos a otros, les explica por qué han de hacerlo. La serie de argumentos que presenta el apóstol son todos contundentes, definitivos. Los jóvenes tienen mucho que aprender aquí.

El amor es de Dios:

“Amados, amémonos unos a otros porque el amor es de Dios” (vrs. 7).

Del amor existen miles de copias.

El 95 por 100 de todas las canciones que se escriben en el mundo tienen motivos amorosos.

Hay amores fuertes entre padres e hijos, entre parejas de novios, entre matrimonios, entre familiares cercanos, entre amigos.

Pero el amor auténtico, el que no tiene ni una sola mancha, es el que procede de Dios.

Por una simple razón: *“Dios es amor”*. (1ª Juan 4:16).

Y lo que de Dios nos llega es puro, limpio, inmaculado.

El verdadero amor es el que procede de Dios, solamente de Dios.

Dicho de otra forma, el único amor digno de este nombre es el amor divino. Tomen nota los jóvenes del argumento que expone Juan el apóstol.

La primera razón que tenemos para amar a nuestros hermanos es que ese amor nos llega del cielo.

El amor es el mejor testimonio de nuestra conversión.

“Todo aquél que ama, es nacido de Dios” (vrs. 7).

El amor no es un don divino a la manera de otros dones.

El joven puede decir: *“Mi don no es hablar en público”*.

“Mi don no es cantar”.

“Mi don no es el trabajo personal”.

Pero ningún cristiano puede decir *“mi don no es amar”*.

Amar al hermano no es un don. Es el mejor testimonio que podemos dar de nuestra conversión.

En el capítulo 3 del Evangelio de Juan Cristo se refiere a la conversión como un nuevo nacimiento.

La evidencia externa de este nuevo nacimiento es el amor a los hermanos: *“Aquel que ama es nacido de Dios”*.

El amor a los hermanos es fruto de esa semilla divina que recibimos en el bautismo al nacer de agua y del espíritu.

Pablo confirma este hecho:

“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

Si hemos nacido de nuevo amar debería ser para nosotros tan fácil como respirar.

El amor afirma nuestro conocimiento de Dios.

“El que ama conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (vrs. 7–8).

Con el nuevo nacimiento está íntimamente ligado el conocimiento de Dios.

Voltaire, el filósofo francés que vivió en el siglo XVIII, escribió mucho sobre la Biblia, pero era ateo, no conocía a Dios.

Teólogos importantes que han escrito sobre todos los temas relacionados con la fe cristiana, jamás conocieron a Dios, no nacieron de nuevo.

Hay en las congregaciones locales jóvenes que se dicen convertidos, reclaman sus derechos como miembros, pero no han conocido a Dios realmente.

El joven que es incapaz de amar a sus hermanos es porque no ha conocido a Dios.

Los tres actos, nacer de Dios.

Conocer a Dios.

Amar a Dios, están íntimamente conectados.

Sólo el conocimiento auténtico de Dios puede conducirnos al amor a Sus hijos, hermanos nuestros en Cristo.

Dios nos ha dado ejemplo.

“Amémonos unos a otros”, dice el apóstol. Y ahora recurre a una poderosa razón: Porque Dios nos ha dado ejemplo:

“Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amar-nos unos a otros” (4:11).

Juan podría haber redactado este texto de otra forma. “Si Dios nos ha amado así”, es decir, con intensidad, tomando la iniciativa, nosotros deberíamos amarle con todas las fuerzas de nuestro ser.

Pero no dice esto.

Dice que si estamos convencidos de que Dios nos ha amado, de que nos sigue amando, entonces estamos obligados a amar a nuestros hermanos.

Otro cuadro: Un joven orando dice: *“Señor, te doy gracias por el amor que nos has demostrado al enviar a tu Hijo Jesucristo para salvarnos”*. Termina la oración, acaba el culto, en la puerta del local se encuentra con hermanos con quienes mantiene diferencias y ni siquiera los saluda.

Si Dios ha amado tan extraordinariamente a los seres humanos, siendo tan inferiores a Él por naturaleza, y a veces enemigos suyos, los jóvenes han de seguir su ejemplo y amarse entre sí.

El amor es la manifestación de nuestra fe. Juan nos eleva hasta las alturas del firmamento:

“Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros” (vrs. 12).

Nuestra fe está depositada en el invisible.

Como Moisés, recorreremos los caminos de nuestra peregrinación terrena sostenidos por el amor del Dios al que no vemos. (Hebreos 11:27).

Resulta fácil decir que creemos en Dios, que le amamos, que tenemos toda nuestra fe depositada en Él. Pero si el apóstol Santiago nos pidiera que le mostráramos nuestra fe por nuestras obras de amor (Santiago 2:18), nos pondría en una situación difícil.

Unos versículos más abajo Juan nos recuerda el criterio infalible del amor fraternal. El amor a Dios y al prójimo no se pueden separar:

“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1ª Juan 4:20).

Pretender que el amor a Dios puede existir sin el amor al hermano, es una mentira.

Nadie puede amar verdaderamente al divino redentor si aborrece a los que Él redimió con su sangre.

El amor al hermano es la manifestación suprema de nuestra fe.

Porque el amor toma siempre la iniciativa. Consideremos este cuadro.

Dos hermanos (o hermanas) no se hablan entre sí. Tampoco se aman. Pasan los meses. Se le pregunta a uno de ellos: ¿Por qué no te reconcilias con tu hermano? Y llega la respuesta: Estoy esperando que él venga primero a mí. El otro es del mismo pensar. Y así viven la vida de Iglesia. No se produce el acercamiento. No hay entendimiento. Siguen las murallas entre ambos. Esto no debería ser así entre jóvenes de una misma fe.

En el amor de Dios hacia nosotros fue Él quien tomó la iniciativa. Así lo dice el apóstol:

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (4:10).

El amor de Dios tiene sobre el nuestro una prioridad cronológica, pues Dios nos ha amado ya desde la eternidad.

Esta verdad se enfatiza antes de finalizar el capítulo:

“Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero” 4:19.

Juan destaca la iniciativa divina en la comunión de amor.

No esperó a que nosotros fuésemos a Él.

Amor es entrega al otro.

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a Su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él” (4:9).

El amor de Dios se ha hecho palpable en nosotros en la entrega de Su Hijo.

El contenido de este versículo se condensa en dos fórmulas conjuntas:

Dios nos ama.

Como consecuencia de ese amor nos ha entregado a Su hijo para que seamos salvos por El y vivamos en El.

El Padre consiente en separarse del Hijo y enviarlo al mundo como prueba inmensa de Su amor.

Así ocurrió la historia: El amante llamó a la puerta de su amada.

–“¿Quién es?”, preguntó la amada.

–“Soy yo”, dijo el amante.

–“No te reconozco; en esta casa no cabemos tú y yo”, replicó la amada.

El rechazado amante reflexionó largamente sobre aquella experiencia y sobre las palabras de la amada.

Volvió a intentarlo y llamó de nuevo a la puerta.

–“¿Quién es?”

–“Soy tú”, respondió el amado.

Y esta vez la puerta se abrió inmediatamente.

Amar es eso, ser yo en el otro, ser el otro en mí.

Sugerencia para los jóvenes: olvidaos de decir *yo*. Acostumbraos a decir *tú*.

Prueba el perfeccionamiento del amor de Dios en nosotros.

El amor que Dios nos ha manifestado a través de Su Hijo se va perfeccionando progresivamente en nosotros en la medida en que amamos a nuestros hermanos:

“Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros” (vs. 12).

El amor de Dios en nosotros crece con la práctica del amor al hermano. Esta interpretación concuerda con el sentido de los dos grandes mandamientos:

“Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento.

Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos” (Marcos 12:30–31).

San Juan dice que Dios no da el Espíritu por medida (Juan 3:34).

Tampoco da Su amor por medida. Él quiere que Su amor abunde y sobreabunde en nosotros. Esto se realiza mediante nuestra consagración a Él.

Una prueba de esa consagración es nuestro amor a los hermanos.

Muy fuerte lo del apóstol. El amor de Dios se va perfeccionando en nosotros conforme va aumentando nuestro amor hacia los hermanos. ¿Os enteráis, jóvenes?

La permanencia en Dios supone la permanencia en el amor.

“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (4:16).

Este versículo aparece como resumen de todo lo anterior y como transición a un nuevo pasaje.

Dios es amor. Un amor que se manifiesta y se comunica a través de Cristo. Por consiguiente, permanecer en el amor a Dios supone permanecer en el amor a los hermanos. Ya nos lo ha dicho en el versículo 12 y lo repite en el 20.

Es la realización viviente de la oración de Cristo:

“Y les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos” (Juan 17:26).

El amor con que Dios nos ama, el amor que Cristo tuvo hacia Sus discípulos cuando estuvo en la tierra, es el amor que debe *estar en ellos*, es decir, en nosotros, orientado hacia nuestros hermanos, en ti, en todos.

Es un amor que hemos de ir construyendo día a día, en progresión continua.

Nunca olvidemos que el amor significa misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión..., perdón, sobrellevarse mutuamente.

No puede haber amor verdadero si no va acompañado de esas virtudes.

El amor echa fuera todos los miedos.

La población mundial está actualmente en siete mil millones de personas. Un estudio realizado por el prestigioso Instituto de Opinión Gallup afirma que el 30 por 100 de los habitantes del planeta padecen la llamada *enfermedad del miedo*.

Miedo a lo conocido y miedo a lo desconocido.

El apóstol asegura que el amor echa fuera todos los miedos.

“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor” (1ª Juan 4:18).

Un autor canadiense, Alfred Doddridge, en el capítulo siete de un libro (no traducido al español), titulado *Viviendo en comunidad*, dice: *“He encontrado en muchas congregaciones miembros que no se hablan, que ni siquiera se saludan, que están separados por barreras de indiferencia y a veces hasta de aborrecimiento. Y lo peor de todo esto es que ninguno toma la iniciativa de dirigirse al otro. Están atenazados por una especie de miedo religioso. Miedo a no ser recibidos, miedo a la humillación, miedo a entablar relaciones de fraternidad. Y estos miedos constituyen un cáncer en el Cuerpo de Cristo, Su Iglesia”*.

Tales miedos revelan la falta de un amor auténtico.

Amor y temor son incompatibles.

Donde hay amor no puede haber temor.

Dice San Agustín: *“El temor no se da en el amor”*.

Cuando el amor va creciendo en el corazón del cristiano, el temor desaparece en la misma proporción.

A más amor, menos miedo.

El miedo tiene un medicamento definitivo: El amor.

Aunque el joven sepa que es hijo de Dios a través de la conversión, el miedo no queda instantáneamente vencido.

Para desterrar el miedo es preciso que el amor invada todas nuestras facultades, superiores e inferiores.

La razón es clara. El miedo nos separa de nuestros hermanos. El amor nos une a ellos.

Juan concluye este versículo 18 diciendo que el amor perfecto es incompatible con el miedo.

El amor será nuestra bandera en el día del juicio.

“En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio” (vs.17).

Juan nos da otra razón para amar a nuestros hermanos. Presentarnos ante Él sin temor, con toda confianza, en el día del juicio.

¿A qué juicio se refiere el apóstol?

Desde luego, no al gran juicio final. Juan escribe a cristianos. Y los cristianos, los realmente convertidos, estamos libres de ese juicio. Cristo lo enfatiza:

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envié, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Y Pablo lo corrobora:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

Los cristianos estamos libres del gran juicio final, reservado a los no convertidos. Pero habrá para nosotros otro juicio en lo que Pablo llama el tribunal de Cristo (Véase Romanos 14:10–12; 1ª Corintios 4:3–4; 2ª Corintios 5:9–10).

Ante este tribunal de Cristo se juzgarán todas las acciones del cristiano aquí en la tierra. No será para decidir si vamos al cielo o al infierno, esto ya quedó decidido el día de nuestra conversión, cuando optamos por el cielo.

Será un tribunal de familia, para los cristianos, entre los cristianos, y estará presidido por Cristo.

Juan nos ha dicho que el perfecto amor echa fuera todos los miedos. Ahora añade que aquellos que aman estarán también libres de temores cuando comparezcan ante el Señor en el día del juicio para los cristianos.

El apóstol concluye este escrito con un argumento final de contenido inapelable: No podemos separar el amor a Dios del amor a nuestros hermanos:

“Y nosotros tenemos este mandamiento de parte de Él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (4:21).

San Juan, lo mismo que San Pablo, reduce la ley evangélica a un solo mandamiento: el amor al prójimo:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros” (Juan 13:34–35).

Cuenta la Historia que Juan era ya un viejecito con sus cabellos emblanquecidos y las iglesias se disputaban el privilegio de verle y de tenerle. Era la única persona sobreviviente de los que habían visto a Jesús con sus propios ojos y habían escuchado el evangelio de sus labios. Enviaban por él. Lo sentaban frente a las congregaciones y se conformaban con verle. Al despedirse les decía: *“Hijitos míos, amaos los unos a los otros”*. Y cuando le preguntaban: *“¿Por qué tú siempre nos dices lo mismo”*, respondía: *“Porque si cumplís con esto ya habéis cumplido con todo lo demás”*.

Una niña se perdió en una ocasión en el corazón de una intrincada selva. Se sabía que estaba allí pero no había medio de encontrarla. Toda la aldea se movilizó en su búsqueda. Después de varios esfuerzos, a alguien se le ocurrió que lo mejor sería formar mano a mano una inmensa cadena. Ir poco a poco estrechándola con la esperanza de encontrarla en algún punto. Así lo hicieron y poco después de empezar a avanzar encontraron a la niña.

El poeta cubano Nicolás Guillén, nacido en Camagüey en 1902 y desnacido en la Habana en 1989, tiene un poema que hizo famoso Víctor Lara, el cantante chileno asesinado por Pinochet en 1963. Una estrofa dice:

*Para hacer esta muralla
traigamos todas las manos.*

*Los negros sus manos negras
los blancos sus blancas manos.
Una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa
allá en el horizonte.*

Para derribar las murallas de despecho, de amargura y de odio, juntemos todas las manos. Hagamos en nuestras iglesias cadenas de amor con manos enlazadas. Es el desafío que tienen ante sí chicas y chicos jóvenes.

El sembrador salió a sembrar granos de semilla.

Tú debes sembrar amor en los corazones de tus hermanas y hermanos.

CAPÍTULO X

El joven nuevo

Aunque Juan el Bautista había reconocido públicamente a Cristo como el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (Juan 1:29), en los tormentos de la cárcel le asaltan las dudas.

En esta situación manda a dos de sus discípulos que pregunten a Cristo si Él es realmente el Mesías o habían de esperar a otro.

Jesús responde con el argumento de los milagros que estaba realizando, en los que se incluyen resurrección de muertos:

“Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (Mateo 11:5).

En otro momento histórico que recoge Juan el evangelista Cristo reclama para sí el mismo atributo, el poder para resucitar muertos.

“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (Juan 5:25).

Por estas y otras referencias sabemos que Cristo resucitó muertos en los tres años que duró su ministerio.

No sabemos cuántos.

Los Evangelios mencionan tres: Lázaro, hermano de Marta y de María. (Juan 11:1–44); una niña de doce años cuyo padre se llamaba Jairo (Lucas 8:40–56); y el hijo de una viuda en la historia contada por Lucas.

Hay leves diferencias entre los tres milagros.

Lázaro llevaba cuatro días enterrado.

El joven hijo de viuda era llevado camino del cementerio.

La niña de doce años acababa de morir.

Vamos a centrarnos en el hijo de la viuda.

La ciudad: *“Iba a la ciudad que se llama Naín”*.

Lo que Lucas llama ciudad en aquellos tiempos no pasaba de ser un pueblo pequeño, a unos 10 kilómetros al sudeste de Nazaret.

Hoy conserva el mismo nombre: Naín.

El cementerio: Los judíos en la época de Cristo solían tener los cementerios alejados de las ciudades.

El cuerpo de Cristo fue enterrado en un sepulcro que José de Arimatea tenía en un huerto, en las afueras de Jerusalén (Juan 19:38–41).

El mismo día: Los muertos no eran velados en las casas, ni en las funerarias, ni en los lugares de culto, como se hace hoy.

Generalmente eran enterrados el mismo día del fallecimiento, casi siempre al atardecer.

Envuelto en lienzos: En nuestra cultura cristiana y occidental los muertos son introducidos en ataúdes generalmente hechos de madera. Los hay de varias categorías, de madera noble y de madera barata, de colores alegres y de colores oscuros, lisos o con cabezas de supuestos ángeles en los costados, con barnizado de lujo o en madera rústica.

Al muerto judío lo llevaban a enterrar sobre unas parihuelas, envuelto el cuerpo en lienzo blanco. La cabeza quedaba descubierta en unas ocasiones; en otras se la tapaba con un sudario.

Los mahometanos siguen hoy esta misma forma de enterrar a sus muertos.

Los dos cortejos: Lucas se fija en un detalle importante: el número de personas que presenciaron el milagro.

De Jesús se dice que *“iban con Él muchos de sus discípulos y una gran multitud”*. (Lucas 7:11).

La viuda no iba sola en la caravana mortuoria. Lucas cuenta que *“había con ella mucha gente de la ciudad”* (Lucas 7:12).

Esto ha hecho suponer que se trataba de una viuda rica y estimada entre sus convecinos.

Los dos cortejos, el que seguía a Jesús y el que acompañaba al muerto, se encontraron en la puerta de la ciudad (Lucas 7:12).

En las puertas de las ciudades solían reunirse los judíos para hablar, discutir o solventar sus problemas.

Eran lugares muy frecuentados.

¿Fue una casualidad que Jesús se encontrara con el joven muerto en aquel lugar o formaba parte del plan divino para que los testigos del milagro fueran más?

La pequeña ciudad de Naín se conmovió ante el hecho. La vida y la muerte frente a frente.

El cortejo de Jesús entraba en la ciudad.

El cortejo del funeral salía de ella.

Unos entran y otros salen.

Es el encuentro entre la vida y la muerte.

Esto no ha cambiado.

Ni ha cambiado el poder de Cristo.

“Yo soy la vida”, dijo en una ocasión (Juan 14:6).

Pablo escribe que la vida vino para destruir la muerte:

“El postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1ª Corintios 15:26).

El joven muerto: La identidad del muerto está hecha para conmover a cualquiera.

Era un hombre joven, probablemente un adolescente, muerto en la flor de la edad.

Para una madre la pérdida de un hijo supone un gran dolor.

Pero cuando ese hijo es único y tal vez no pueda engendrar otros, el dolor desgarrar.

Al ser viuda, la mujer quedaba completamente sola.

Había muerto el marido.

Ahora moría también el hijo.

Como queda escrito, por la cantidad de gente que acompañaba el entierro se deduce que la viuda era mujer rica.

Su único heredero era el joven muerto que era transportado al cementerio envuelto en una sábana de lino.

Todas estas circunstancias aumentaban el drama.

El dolor desgarraba el corazón de la viuda.

Una espada de sufrimiento le atravesaba el alma.

La compasión de Jesús:

“Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores”
(Lucas 7:13).

No sería difícil identificar a la madre del muerto.

Cristo la distingue entre la multitud e inmediatamente se compadece de ella.

El padre de la niña muerta de doce años se postró a los pies de Jesús pidiéndole que entrara a su casa y resucitara a la hija (Lucas 8:41).

María reprocha a Jesús que si hubiera estado en la casa, con ellos, Lázaro no habría muerto (Juan 11:32).

La viuda no pide nada.

Es posible que ni siquiera supiera quién era Jesús.

No siempre hemos de pedir.

Jesús conoce nuestros dolores y se adelanta a calmar los sufrimientos cuando Él lo estima conveniente.

¡Qué delicadeza en el trato de Jesús!

Se acerca a la madre del muerto, muerta ella misma en lágrimas, y le dice: *“No llores”*.

¿Cómo no llorar cuando a un hijo único, joven y con la vida rota, lo llevan camino del cementerio?

En semejantes casos los seres humanos solemos emplear un vocabulario idéntico, sin embargo, Él lloró ante la tumba de Lázaro.

Ante las lágrimas de personas doloridas decimos, al igual que Jesús, “No llores”. Añadimos que la muerte no tiene remedio, que todos hemos de morir, etc.

Pero en el caso de Jesús no eran palabras de consuelo.
Era algo mucho más profundo.
Él tenía conciencia del acto que iba a realizar.
No llores, mujer, porque yo voy a vencer a la muerte.
No llores porque tu hijo va a resucitar.
No llores porque va a volver a la vida.
No llores, prepara de nuevo su cuarto y arregla la cama donde suele dormir.

La ley judía declaraba impura a la persona que tocara un muerto:
“Y cualquiera que tocara algún muerto a espada sobre la faz del campo, o algún cadáver, o hueso humano, o sepulcro, siete días será inmundo”
(Números 19:16).

Jesús siempre entendió que el ser humano es más importante que todos los preceptos legales o los contenidos doctrinales.

Después de pedir a la viuda que no llorara, se acerca al féretro y lo toca.

Con este gesto quebrantaba la Ley.

Pero estaba en juego la vida de un hombre joven.

Cuando Jesús se acerca al féretro y lo toca, Lucas observa que *“los que lo llevaban se detuvieron”*.

¡Qué escena!

¡Un alto en el camino a la tumba!

¿No se enojaron con aquel hombre extraño que aparecía de improviso?

¿No les sorprendió la orden de detener la comitiva?

¿Por qué obedecieron?

¿Qué vieron en Jesús?

¿Habían oído las palabras de Jesús a la madre del muerto?

¿Llegaron a concebir alguna esperanza de que el muerto resucitaría?

No es frecuente que una persona desconocida irrumpa en una comitiva fúnebre y ordene detener la marcha.

Pero en este caso los que llevaban el muerto obedecieron.

Cuando la parihuela con el muerto a hombros de sus portadores, fue bajada a tierra, Cristo ordena con su acostumbrado tono fuerte de voz:

“Joven, a ti te digo, levántate” (Lucas 7:14).

Hablar con un muerto y ordenarle que se levante sólo puede hacerlo un loco, o Dios.

Si el muerto resucita, es la obra de Dios.

Si el muerto sigue en el féretro, es la comedia de un loco.

Jesucristo actúa aquí como quien es, como Dios.

Los profetas actuaban en nombre de Dios.

Antes de que el apóstol Pedro resucite a Tabita se postra de rodillas y ora a Jesucristo (Hechos 9:40).

Pero la resurrección del hijo de la viuda de Naín revela el poder y la autoridad que Cristo poseía.

Lo resucita con el poder de Dios.

Lo resucita con su propio mandato.

“Yo a ti te digo: Joven, levántate”.

Se cumplen las palabras pronunciadas en otra ocasión, citadas con anterioridad.

“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (Juan 5:25).

Seguridad y majestad.

Antes de resucitar a Lázaro, estando aún muerto, Cristo ora al Padre y le dice:

“Padre, gracias por haberme oído” (Juan 11:41).

En el caso del hijo de la viuda Jesús ni siquiera emplea tiempo en orar.

Con una majestad y una seguridad que impresionan, habla al muerto y le ordena:

“A ti te digo, levántate” (Lucas 7:14).

Es palabra de Cristo.

Palabra de Dios.

Palabra creadora “*que da vida a los muertos y llama a las cosas que no son, como si fueran*” (Romanos 4:17).

Cuando Jesús clama “*joven, a ti te digo, levántate*”, Lucas añade que el muerto “*se incorporó y comenzó a hablar*”.

No dice meramente que resucitó el muerto; describe el hecho con mayor vivencia y eficacia:

“*Se incorporó*”.

“*Comenzó a hablar*”.

Es decir, fue una resurrección de efectos inmediatos.

La incorporación y el habla son pruebas de la resurrección de un muerto y lo entrega a la madre.

El retorno a la vida de aquel joven tuvo lugar de manera inmediata.

Unos novecientos años antes de esta historia contada por Lucas, el profeta Elías resucitó a otro joven, también hijo único de mujer viuda, en una pequeña ciudad llamada Sarepta de Sidón.

Cuando el niño recobró la vida lo “*dio a su madre, y le dijo: Mira, tu hijo vive*” (1º de Reyes 17:23).

Cristo no habla con la madre del que había estado muerto.

El texto, escueto, dice: “Lo dio a su madre” (Lucas 7:15).

Suficiente.

¿Para qué las palabras?

Fue el dolor de la madre lo que movió a compasión el corazón de Cristo.

Las lágrimas que iban derramando sus ojos a lo largo del camino.

Era, pues, natural que le hiciera entrega inmediata del hijo.

¿Qué sintió la madre cuando el hijo la abraza de nuevo y habla con ella?

Ni el más hábil de los pintores.

Ni el más inteligente de los escritores.

Ni los oradores más elocuentes serían capaces de reflejar el sentimiento y la reacción de aquella madre que volvía a acariciar el rostro vivo del hijo que ya consideraba muerto.

No se da el número de personas que presenciaron el milagro, pero debieron ser muchas.

De Cristo se dice que lo seguía “*una gran multitud*” (Lucas 7:11).

Otra multitud acompañaba el féretro con el joven muerto.

La reacción de toda esta gente la señala Lucas:

“Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo” (Lucas 7:16).

La palabra miedo, o temor, como traducen otras versiones de la Biblia, significa reverencia, espanto ante lo divino: “*Tuvieron miedo y glorificaban a Dios*”.

La reacción del pueblo se comprende ante la presencia de lo sobrenatural.

La conclusión es lógica: “*Dios ha visitado a su pueblo*”.

“Un gran profeta se ha levantado entre nosotros”.

No sabemos si aquella gente llegó a creer que Cristo era el Mesías esperado.

Pero sí lo tuvieron por un gran profeta, por un enviado de Dios.

Hoy, a más de veinte siglos de distancia, nosotros sabemos que Cristo es Dios y con la autoridad y el poder de Dios resucitará un día todos los cuerpos muertos.

Él tenía plena conciencia de su divinidad. Así lo expuso a judíos de su época:

“Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis.

Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre” (Juan 10:37–38).

Después de este milagro “*se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor*” (Lucas 7:17).

Los testigos del milagro comenzaron a expandir la noticia que habían creído.

Un gran profeta se había levantado en Israel.

Dios había visitado a su pueblo.

Las buenas nuevas se extendieron por toda Judea “*Y por toda la región de alrededor*”, como Samaria y Perea, donde Juan el Bautista estaba preso.

Pero el milagro efectuado por Jesús alcanzó latitudes más lejanas. La fama de aquel acto traspasó todas las fronteras del planeta, se comentó en todas las lenguas conocidas y ha llegado hasta nosotros, aquí, hoy, para que extraigamos las lecciones que más se ajusten a nuestra cultura y a nuestras necesidades.

Jóvenes muertos en vida. El novelista francés François Mauriac tiene una novela titulada *El niño cargado de cadenas*.

El joven protagonista de la novela dice a Dios: “*Señor, después de tantos esfuerzos y de tantas lágrimas sigo siendo el niño cargado de cadenas. Mi vida ha perdido sentido. El mundo ha dejado de interesarme. Se han marchitado todas las ilusiones. Soy un muerto en vida*”.

Jesús habla también de jóvenes muertos en vida. Cuando pide a uno que le siga, éste le responde: “*Déjame que primero vaya y entierre a mi padre*” (Lucas 9:59).

El padre vivía aún. Jesús pone la decisión de seguirle antes que ese deber filial. Y dice al joven: “*Deja que los muertos entierren a sus muertos*” (Lucas 9:60).

Es evidente que un muerto no puede enterrar a otro muerto.

Cristo se refería a personas vivas, pero espiritualmente muertas, como el joven de la novela de Mauriac.

Un joven muerto es aquél que se siente cargado de cadenas, interiormente preso en la marea de la vida.

Un joven muerto es aquél para quien la vida no tiene sentido alguno.

A un joven muerto no le interesa nada de lo que ocurre en el mundo alrededor.

Un joven muerto vive sin ilusión alguna, en una huelga de ideales caídos.

El joven no es una máquina movida por fuerzas exteriores.

Dentro de sí lleva el motor y en sus manos tiene la llave para ponerlo en marcha y dirigir su vida en la dirección que quiera.

En un texto a la Iglesia de Corinto Pablo dice que *“la tristeza del mundo produce muerte”* (2ª Corintios 7:10).

Estos son los muertos en vida.

Los que permiten que los problemas del mundo les influyan hasta quitarles las ganas de vivir.

Un cadáver es un ser humano reducido a la impotencia absoluta.

El joven que era llevado al cementerio en parihuelas estaba desarmado ante la existencia.

Un joven muerto en vida se convierte en una persona inútil.

La famosa Universidad de Salamanca sufrió un estremecimiento hace pocos años con el suicidio de una joven pareja.

Ella y él estaban a punto de terminar la carrera, que habían sacado con notas brillantes.

Llevaban seis meses de casados.

Esperaban un hijo.

Una noche se suicidaron los dos envenenándose con cianuro.

¿Qué había ocurrido?

Tenían ante sí un porvenir brillante, pero el vacío existencial mató en ellos todas las ilusiones.

¿A quiénes beneficiaron con su muerte?

A nadie.

Un cadáver sólo vale para ser enterrado o incinerado en el crematorio.

Ser joven es tener un ideal por el cual vivir y trabajar.

En su famosa estatua de Moisés, Miguel Ángel nos dio un vislumbre del posible hombre divino.

En Colosenses 1:2 Pablo dice que trabaja y lucha *“según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí”*.

Los jóvenes cristianos no llevan en su interior la fuerza bruta del gorila.

Almacenan energías espirituales, celestiales, porque han sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Estas son las potencias que hay que poner en movimiento.

El joven muerto en la historia contada por Lucas era motivo de dolor.

La madre iba detrás del cadáver llorando incesantemente.

Un dolor causado involuntariamente.

Hasta donde sabemos, él no provocó su muerte.

No quiso ser motivo de sufrimiento para la familia.

No habría querido ver a su madre llorar.

El escritor alemán George Paloczi tiene un libro titulado *La juventud, esperanza del mundo*.

Es un libro de 366 páginas.

Entre los muchos testimonios de jóvenes que cita figura el de un muchacho francés de 23 años. Este joven cuenta:

“Desde los 15 años soy un problema para mi familia. He estado inmerso en la droga, he sido alcohólico, he estado cuatro veces en la cárcel por robar. Mis padres utilizaron conmigo todos los métodos posibles para hacerme cambiar de vida. Me disciplinaban, me castigaban, me imploraban, me llevaban de viaje. Todo era inútil. Hasta hoy yo he sido una fuente de desgracia para mi familia”.

Y concluye este dramático testimonio con una confesión estremecedora: *“Las lágrimas que mi madre ha derramado por mi podrían llenar un barril”.*

¿Cuántas madres podrían llenar barriles con las lágrimas vertidas a causa de los malos comportamientos de sus hijos?

Para que un hijo haga llorar a una madre no es preciso que ésta vaya detrás de su cadáver.

Los jóvenes muertos en vida son causas de grandes tragedias familiares.

Esto puede ocurrir también en familias religiosas.

Los hijos de Jacob llenaron de amargura durante años la vida del padre, al simular la muerte de José y luego venderlo a Egipto.

Los hijos del sacerdote Elí destruyeron la vida del padre con un comportamiento inmoral y pagano.

Los hijos de Job vivían en fiestas continuas sin importarles los consejos de un padre piadoso.

Los hijos de David se mataron entre ellos y ocasionaron grandes sufrimientos al padre.

Existe un tipo de bomba mental que destruye la familia.

Esta bomba mental la implantan en los hogares chicos y chicas que viven insatisfechos, sin ilusiones, protestando por todo, no colaborando en nada, haciendo sufrir a los padres.

Cuando la bomba estalla sólo quedan la muerte y las lágrimas, como en la historia contada por Lucas.

Resulta difícil llegar a una conclusión de lo que sentiría la madre cuando Cristo le entrega vivo al hijo que llevaba a enterrar.

Por muy ágil y muy sabia que sea nuestra imaginación, captar y explicar aquel momento escapa a nuestra capacidad.

Conocemos el gozo que inundó el corazón del padre cuando el hijo pródigo regresó al hogar. Pero ¿qué sintió la madre?

¿Cuántas lágrimas habría derramado aquella mujer por el hijo perdido?

El poeta Rabindranath Tagore, Premio Nobel de Literatura en 1913, cuenta la historia de dos pájaros, uno que vivía libre en el campo y otro que estaba preso en una jaula.

El pájaro manso vivía en la jaula y el pájaro libre en el bosque.

Mas su destino era encontrarse, y había llegado la hora.

El pájaro libre cantaba:

“Amor, volemos al bosque”.

El pájaro preso decía bajito:

“Ven tú aquí, vivamos los dos en la jaula”.

Decía el pájaro libre:

“Entre rejas no pueden abrirse las alas”.

¡Ay!, decía el pájaro preso, “¿sabré yo posarme en el cielo?”

El pájaro libre cantaba:

“Amor mío, pía canciones del campo”.

El pájaro preso decía:

“Estate a mi lado, te enseñaré la canción de los Sabios”.

El pájaro libre cantaba:

“No, no, nadie puede enseñar las canciones”.

El pájaro preso decía:

“¡Ay!, yo no sé las canciones del campo”.

Su amor es un anhelo infinito, mas no pueden volar ala con ala.

Se miran y se miran a través de los hierros de la jaula, pero es en vano su deseo. Y aletean nostálgicos y cantan:

“Acércate más, acércate más”.

El pájaro libre grita:

“¡No puedo! ¡No puedo! ¡Qué miedo me da tu jaula cerrada!”

El pájaro preso canta bajito:

“¡Ay!, no puedo. ¡Mis alas se han muerto!”

Si eres un joven muerto en vida, procura resucitar.

Si piensas que el mundo está lleno de basura, siémbrale tú de flores.

Si has perdido las ilusiones por todo lo que te rodea, entusiásmate de nuevo.

Si te sientes cansado, deprimido, angustiado, mira a las estrellas y remonta el vuelo, como el águila.

Si crees que nada vale la pena, recupera la alegría.

No permitas que mueran tus alas.

Entonces habrás muerto tú.

No podrás volar, serás esclavo de la tierra.

El poder de la resurrección y de la transformación están en ti mismo. Como en la historia que sigue.

Un hombre soñó con un gran tesoro junto al gran puente. Con el alba emprendió el camino para cavar febrilmente junto al sitio soñado.

—Oiga buen hombre, ¿qué hace aquí cavando?, preguntó un viandante.

—Esta noche he soñado que aquí había un tesoro, dijo en voz baja.

—Es curioso; yo también he soñado con un tesoro esta noche. Soñé que el tesoro estaba en una aldea, bajo una casa con dos vigas

de roble que sostenían el pórtico noble...”. Y el viandante dibujó la casa y la aldea soñada.

El hombre que primero cavaba junto al puente no dijo nada. Corrió a su aldea y comenzó a cavar justamente en su casa. Allí había estado desde siempre su tesoro, pero no lo había soñado nunca.

El tesoro está dentro de ti.

En la carta que Pablo escribe a los miembros de la Iglesia en Colosas, les dice:

“*Si habéis resucitado con Cristo, buscad las de arriba*” (Colosenses 3:1).

El hijo muerto de la viuda de Naín fue resucitado por Cristo, pero no sabemos si también resucitó con Cristo.

La historia del milagro no concluye.

Quienes lo presenciaron sintieron un temor reverencial.

Pero ¿qué ocurrió con la madre?

¿Qué pasó con el hijo?

A éste le contarían toda la historia. Le dirían que había muerto, que mucha gente del pueblo se congregó para llorar la tragedia, que envolvieron su cadáver en un sábana de lino, que un numeroso grupo de personas acompañó al féretro hasta el cementerio, que la madre iba llorando sin consuelo detrás de los que portaban el cuerpo, que un hombre desconocido, con apariencia de profeta, interrumpió la comitiva, que con voz potente le ordenó que se levantara, que en ese momento volvió a la vida, abrazó a la madre y regresó con ella a casa.

¿Cómo fueron las relaciones del joven con Jesús después de haber resucitado?

¿Se integró al grupo de quienes le seguían constantemente por los caminos?

¿Quedó en su casa, junto a la madre, pero convertido en un fervoroso seguidor de Cristo?

¿Viviría en el futuro una vida piadosa?

¿Daría prioridad a las cosas de arriba sobre las cosas de abajo?

En la obra *La resurrección de un muerto*, del francés Ives Montellier, el personaje principal, un expresidiario de 28 años dice:

“Conozco las cárceles desde que tenía 16 años. He vivido todo lo malo. Lo he sufrido todo. Pero a raíz de mi última salida de prisión mi vida ha dado un giro de 90 grados. Ahora soy una persona distinta. He resucitado. He sido transformado. Creo en Dios. Cultivo mi vida espiritual. Soy feliz”.

Resucitar con Cristo significa participar de la experiencia de la conversión.

Ser transformado por Cristo supone vivir una vida nueva, de acuerdo a sus enseñanzas y a sus exigencias.

La orden de Cristo al hijo de la viuda de Naín fue muy escueta:

“Joven, a ti te digo, levántate”.

Sí, levántate.

Si vives deprimido, levántate.

Si te fallan las fuerzas, levántate.

Si crees que te estás hundiendo, levántate.

Si necesitas a Dios, levántate.

Si eres cristiano que has caído en alguna tentación, no te quedes donde estás. Levántate.

Si aún no eres convertido, levántate y entrega tu vida a Cristo hoy.

El mundo, tu ciudad, tu familia, la sociedad necesitan jóvenes cristianos en acción. Para ti es la orden divina:

“Joven, levántate”.

CAPÍTULO XI

Jóvenes enterradores

En el texto de Hechos 4:32 a 5:11 encontramos diferentes protagonistas:

Una comunidad de personas cristianas que tenían sus posesiones materiales en común.

Un levita llamado José, a quien los apóstoles habían puesto el sobrenombre de Bernabé, que vendió sus posesiones y dio el dinero a la Iglesia.

Un matrimonio, Ananías y Safira, que pretendió hacer lo mismo, pero con fraude y engaño.

Un apóstol Pedro lleno de poder del Espíritu Santo, que percibió el engaño, lo denunció y causó la muerte de Ananías y Safira.

Unos jóvenes que se llevan los cuerpos muertos de Ananías y Safira de la casa y los entierran.

Los jóvenes enterradores ocupan un lugar importante en esta historia.

Según el versículo 6, una vez muerto Ananías ellos envuelven el cuerpo con una túnica, se lo llevan y lo entierran.

El versículo 10 nos presenta a los jóvenes que regresan de hacer su trabajo, lo que significa que pasó algún tiempo entre la muerte de Ananías y la muerte de su mujer.

Cuando entran ven a Safira también muerta. Lo que significa que pasó algún tiempo entre la muerte del hombre y la mujer. Se la llevan y la entierran junto a su marido.

¿Quiénes eran estos jóvenes?

Los racionalistas del siglo 18, que atacaron la Biblia tanto, pensaban que eran enterradores profesionales. Según ellos Pedro sabía lo que iba a suceder y los llamó con antelación.

Otras opiniones piensan que estos jóvenes eran miembros de la congregación y que hacían diferente tipo de trabajo material para la Iglesia, en el papel de diáconos. Que ellos se llevaron los muertos de forma tan natural como hubiesen limpiado la casa para el servicio, o preparado la mesa de Santa Cena.

Hay personas que creen que los jóvenes estuvieron todo el tiempo con los apóstoles, ayudándoles en su trabajo, como otros jóvenes estuvieron al lado de Moisés ayudándole en un caso semejante. Así lo cuenta el Levítico:

“Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó.

Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová.

Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló.

Y llamó Moisés a Misael y a Elzafán, hijos de Uzziel tío de Aarón, y les dijo: Acercaos y sacad a vuestros hermanos de delante del santuario, fuera del campamento.

Y ellos se acercaron y los sacaron con sus túnicas fuera del campamento, como dijo Moisés” (Levítico 10:1-5).

Una cuarta versión afirma que eran simples miembros, sin una tarea específica, pero voluntarios para hacer ese trabajo porque debido a la edad tenían fuerza física.

No importa quienes fuesen, la misión de estos jóvenes no fue agradable. Pero prestaron a la Iglesia un servicio importante.

Al enterrar a Ananías y Safira.

Enterraron la mentira.

Enterraron la hipocresía religiosa.

Enterraron la frialdad espiritual.

Enterraron la muerte.

El sustantivo “*mentira*” aparece dos veces en este pasaje.

Una en el versículo 3: “*¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?*”

Y otra en el versículo siguiente, 4: “*No has mentido a los hombres, sino a Dios*”.

La mentira fue provocada por Satanás, que según Jesús “*él es mentiroso y padre de mentira*” (Juan 8:44).

Anida en el corazón, que en su aspecto negativo es el centro de las pasiones y los malos pensamientos (Mateo 15:19).

Va dirigida contra Dios, que según la lista de Proverbios 6:19 está entre las seis cosas que Él aborrece.

Marcel Proust, el gran filósofo francés, dijo que la mentira es necesaria para la humanidad. Tan importante como la búsqueda de placer y necesario para esa búsqueda.

En cambio, el historiador inglés Thomas Carlyle escribió estas palabras: “*Cuando noto la mentira alrededor de mí siento que debo fumar la atmósfera para evitar la contaminación*”.

Cuatro mentiras de conciencia

En su primera epístola el apóstol Juan denuncia cuatro mentiras que están enraizadas en la conciencia religiosa.

Luz y oscuridad. “*Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él*” (1ª Juan 1:5).

“*Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad*” (Juan 1:6).

Dios es luz de una manera dinámica. El que tiene comunión con Él no puede andar en oscuridad, que es lo contrario a la luz.

Los jóvenes de hoy deberían hacer con las mentiras de conciencia lo que hicieron los jóvenes con el cuerpo muerto de Ananías: sacarlas de la comunidad, echarlas de la Iglesia. Enterrarlas en el desierto donde no fructifiquen.

Enterrar la hipocresía religiosa.

A pesar de que insistimos que la mentira de Ananías y Safira fue la causa del tremendo castigo que Dios les infligió, fue más que una simple mentira. Fue un hecho consumado de hipocresía con varias motivaciones diferentes.

Orgullo. Pretendieron ser considerados personas generosas en la Iglesia, en tanto que en sus corazones prevalecía la avaricia.

Vanidad. Buscaban la pequeña vanidad de la alabanza que el necesitado da al generoso.

Dos señores. Ananías y Safira quisieron servir a dos señores haciendo ver que sólo servían a uno.

Mentir a Dios. Por las palabras de Pedro: *“No has mentido a los hombres sino a Dios”*, entendemos que la pareja voluntariamente decidieron mentir a Dios.

A menos que hubiesen excluido a Dios de sus vidas.

Mentir a los hombres. A pesar de lo que Pedro dice, pensando en la mentira desde el ángulo divino como causa más seria, *“No has mentido a los hombres sino a Dios”*, ellos mintieron también a los hombres.

Aquél que en la Iglesia pretende ser bueno y generoso sin serlo, engaña a Dios y a los hombres. En realidad, engaña más a los hombres que a Dios: *“Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”* (1 Samuel 16:7).

La mentira de Ananías y Safira estaba envuelta en cierta clase de hipocresía religiosa, con todos estos agravantes.

La religión ha perdido mucha reputación ante el mundo a causa de la hipocresía de sus líderes. Citaré tres casos que ocuparon páginas de periódicos años pasados.

Un Cardenal católico en Chicago que deposita millones de dólares en la cuenta de un amigo.

Oral Robert, pentecostal primero, metodista después, que fundaba hospitales para curar a personas enfermas y permitió que su hijo se suicidara a causa de una depresión.

Armstrong, que recaudaba millones de dólares a través de la Radio y permitía que su hijo los invirtiera en la bolsa de Nueva York.

Se realizó una encuesta en las 10 ciudades más importantes de Canadá para saber si a la gente le gustaban las emisoras de radio religiosas.

La respuesta fue negativa: No.

Preferían programas en las emisoras de radio estatales o privadas.

No querían emisoras de radio religiosas, ni católicas ni protestantes, porque perdieron su reputación a causa de pedir dinero a los radioyentes para invertirlo en sus negocios.

Nicolas Berdiaeff, filósofo ruso, tiene un libro titulado *La dignidad del cristianismo y la indignidad de los cristianos*. En este libro dice que si el mundo no cree en Cristo es a causa de la hipocresía de los cristianos.

Sinclair Lewis, Premio Nóbel de Literatura en 1930, denunció la hipocresía religiosa a través de su obra *Elmer Gantry*.

Eugene O'Neill, Premio Nóbel de Literatura en 1936, expuso la hipocresía religiosa en *Anna Christie*.

Pearl S. Buck, Premio Nóbel de Literatura en 1938, escribió contra la hipocresía religiosa mediante las dos biografías que escribió sobre su padre misionero en China.

Jean Paul Sartre, Premio Nobel de Literatura en 1964, expuso la hipocresía religiosa en el libro *Las Palabras*.

William Faulkner, Premio Nóbel de Literatura en 1950, escribió sobre la hipocresía religiosa en la parte sur de los Estados Unidos en su novela *Santuario*.

Ernest Hemingway, Premio Nóbel de Literatura en 1954, habló de la hipocresía religiosa a través de un buen número de artículos y en varios de sus libros.

Thomas S. Elliot, Premio Nóbel de Literatura en 1948, nacionalizado británico en 1927, atacó fuertemente la hipocresía religiosa en el catolicismo a través de su poesía. Pero en la Iglesia Anglicana a la que se convirtió después halló la misma hipocresía, que denunció en su breve obra *Miércoles de Ceniza*.

No es la duda ni el ateísmo lo que aparta a muchos intelectuales de la Iglesia. Es la hipocresía religiosa.

Cristo denunció a los fariseos por esta misma razón:

“Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (Mateo 23:28).

Los cristianos jóvenes, que son los más limpios, deberían unirse y hacer lo que hizo la Iglesia con Ananías: sacar la hipocresía fuera de la Iglesia y enterrarla en lo más profundo de la tierra.

Enterrar la frialdad espiritual. El Espíritu Santo tiene un lugar importante en toda esta historia.

“Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús” (Hechos 4:33).

Significa con poder espiritual.

Ser de un corazón y un alma, como en 4:32 es una metáfora tomada de la vida diaria que describe la verdadera unidad espiritual de la Iglesia primitiva.

Pedro identifica al Espíritu Santo con Dios. Mentir al Espíritu Santo, según 5:3, es mentir a Dios, de acuerdo a 5:4.

Es tentar al Espíritu del Señor, según 5:9.

En el juicio contra Ananías Pedro demuestra tener una gran percepción espiritual.

Estaba ayudado por el poder del Espíritu Santo.

Como Eliseo lo estuvo cuando denunció a su criado Giezi por aceptar dinero de Naamán, que hizo que Giezi se volviese leproso. (2 Reyes 5:25–27).

Como Jeremías cuando denunció a un falso profeta llamado Hananías, quien murió por su mentira (Jeremías 28:15–17).

La persona y obra del Espíritu Santo están restringidos hoy.

Para los críticos racionalistas y ateos, el Espíritu Santo es solamente la sensibilidad artística y poética del ser humano.

Para el Protestantismo liberal, el Espíritu Santo es un concepto doctrinal, pero no la tercera persona de la Trinidad.

Para los cuatro millones de Testigos de Jehová, el Espíritu Santo es una fuerza, un viento, pero no Dios.

Para los cristianos de Cristo el Espíritu Santo es Dios, la tercera Persona de la Trinidad.

Pero le tienen en casa como los padres tienen a un hijo paralítico, en una silla de ruedas, en una esquina frente al televisor, sin parte activa en la vida familiar.

Los púlpitos no tienen poder, dicen muy poco a la gente, porque los predicadores no tienen el poder espiritual que Pedro tenía cuando se enfrentó a Ananías.

En los púlpitos necesitamos hombres jóvenes con poder en la Palabra y en sus vidas espirituales, que sean capaces de transformar las congregaciones.

En Ezequiel capítulo 37 encontramos la visión de los huesos secos.

El profeta ve un gran campo de huesos secos y Dios le pide que profetice sobre ellos.

Profetiza y los huesos empiezan a juntarse, cada hueso con su hueso.

Pero la Biblia dice: “*No hay vida en ellos*”.

Muchas Iglesias son como este campo de huesos secos.

Hay actividad, pero no hay vida.

Donde está el Espíritu, hay vida.

Donde está el Espíritu, hay calor, fuego espiritual.

Los jóvenes tienen que enterrar la frialdad en la Iglesia y lograr que los miembros se muevan por el calor del Espíritu.

Enterrar la muerte. En la Iglesia hay tareas agradables y tareas desagradables.

Agradecieron a Bernabé por su generosidad vendiendo sus propiedades y dando el dinero a la Iglesia.

Pedro recibió honra tras haber mostrado su gran percepción espiritual.

Ananías y Safira fueron avergonzados y luego cayeron muertos.

La tarea más desagradable fue la de los jóvenes: se llevaron los cuerpos muertos, los envolvieron en túnicas y los enterraron.

Por el pasaje de Juan 11:17 sabemos que los judíos solían enterrar a sus muertos en el mismo día.

¿Qué podían hacer con aquellos cuerpos muertos sino enterrarlos?

¿Qué hace un par de cuerpos muertos en una comunidad cristiana?

La Iglesia no es un lugar para cuerpos muertos, sino para personas vivas.

Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos (Marcos 12:27).

Hay cristianos que se pasan la vida llorando sobre la tumba de Dios, como María Magdalena la mañana de la resurrección. Sin entender que Dios está vivo, resucitado, glorioso en el Cielo.

La Iglesia de Sardis tenía nombre de estar viva, pero estaba muerta.

Le pasaba lo que pasa en los cementerios.

Las tumbas tienen nombres de personas que estuvieron vivas, pero en el sepulcro solo hay muertos.

Una Iglesia muerta no es una Iglesia enterrada. Puede ser una Iglesia que existe, activa quizás, pero sin vida espiritual.

El trabajo más importante que los miembros jóvenes pueden hacer en la Iglesia es el que hicieron los jóvenes de Hechos 5, enterrar la muerte.

Si no hacen eso, la atmósfera se hace nociva. Se contamina y la congregación se reduce a un grupo de personas muertas que entierran a sus muertos.

Lord Byron tiene un pequeño poema que dice:

Tom ya no es

Así que Tom se acabó;

Lo más difícil será,

Enterrar a Tom.

Enterrar es siempre doloroso, desagradable. Pero para tener vida floreciente es necesario enterrar la muerte.

De la lección de Hechos 5 aprendemos que los jóvenes en la Iglesia también deben actuar como enterradores:

Para enterrar la mentira.

Para enterrar la hipocresía religiosa.

Para enterrar la frialdad espiritual.

Para enterrar la muerte.

CAPÍTULO XII

Una joven que no estaba loca

Aquí voy a escribir de una mujer.

Una mujer joven.

“Una muchacha llamada Rode”, como la presenta la Biblia.

La que cuenta Lucas en el capítulo 12 de los Hechos es una historia muy hermosa.

Destacan tres temas:

Uno: La persecución y encarcelamiento de Pedro.

Dos: La intervención de Dios en el drama.

Tres: El protagonismo de una muchacha llamada Rode.

En torno al año 42 de nuestra era el rey Herodes Agripa llevó a cabo una persecución contra los primeros cristianos.

Mandó matar a Santiago, hijo de Zebedeo y hermano de Juan.

Ordenó que Pedro fuera encarcelado.

Flavio Josefo, famoso historiador judío del primer siglo, cuenta que Herodes lo hizo para ganarse la amistad de los grandes sacerdotes del templo.

La cárcel estaba en el mismo palacio de Herodes.

En el caso de cualquier preso común sólo había cuatro carceleros que se turnaban en cada una de las cuatro vigiliass de la noche.

En el caso de Pedro los soldados que vigilaban a los presos fueron cuadruplicados:

Cuatro velaban en la prisión.

Dos en la puerta.

Y otros doce iban relevando a sus compañeros.

Todos los comentaristas del Nuevo Testamento dicen que Herodes pensaba matar a Pedro.

Según la ley romana al prisionero lo ataban con dos cadenas, una en cada brazo, atado al brazo de un soldado.

De esta forma era conducido al lugar de la ejecución.

El Señor lo sabía, por eso la noche anterior lo sacó de la cárcel.

Allí había dos potencias enfrentadas:

El poder de Herodes para matarlo.

El poder de la oración para salvarlo.

Pedro confiaba en el poder de Dios y en el poder de la oración.

Por eso dormía tranquilamente entre dos soldados.

“La Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él” (12:5).

¿Cuántos eran los reunidos?

No se dice el número.

No podían ser muchos en una casa.

Sin embargo, Lucas llama a este grupo la Iglesia.

Una Iglesia se puede componer de cinco mil personas, como las hay en Corea del Sur, o de cinco y poco más como en algunos lugares del mundo.

Cristo dijo: *“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18:20).

Donde Cristo esté, está la Iglesia.

“Y habiendo considerado esto, llegó a casa de María la madre de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando” (Hechos 12:12).

Esta casa pertenecía a una mujer llamada María.

Era madre de Marcos, autor del Evangelio.

Estaba situada cerca del huerto de Getsemaní.

Pedro conocía aquella casa que María solía poner a disposición de los hermanos.

La Iglesia católica llama templo o catedral al lugar donde se reúnen sus miembros. Los evangélicos lo llaman indistintamente templo, capilla, local o simplemente lugar de culto.

En esta historia se llama al lugar de reunión de la Iglesia casa. María, madre de Marcos, una mujer muy consagrada, ponía su casa a disposición de la Iglesia.

“La Iglesia hacia sin cesar oración a Dios por él” por Pedro. (12:5).

Otras versiones de la Biblia dicen que oraban:

Ardientemente

Constantemente

Intensamente

Los cristianos que no tienen interés en una cosa pronto se cansan de orar.

Estos hermanos lo hacían sin tregua, sin descanso.

Lo hacían con intensidad, como se dice del Señor Jesús en el huerto de Getsemaní:

“Y estando en agonía, oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44).

Dios contestó aquellas oraciones.

Lucas dice que aun cuando estaba en la celda, atado con cadenas a dos soldados, *“Pedro dormía”* (12:6) tranquilamente.

Es posible que como buen judío conociera el Salmo 121:3 donde leemos: *“No se dormirá el que te guarda”*.

Cuando dormía tranquilamente un ángel acude a él para liberarlo.

“Y he aquí que se presentó un ángel del Señor; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos.

Le dijo el ángel: Cíñete, y átate las sandalias. Y lo hizo así. Y le dijo: Envuélvete en tu manto, y sígueme.

Y saliendo, le seguía; pero no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, sino que pensaba que veía una visión.

Habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma; y salidos pasaron una calle, y luego el ángel se apartó de él” (Hechos 12:7–10).

Hechos 12:9 dice que al principio Pedro creyó que era una visión. Cuando tuvo conciencia de lo que estaba sucediendo, dijo:

“Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de la mano de Herodes y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba” (Hechos 12: 11).

No era una visión.

El ángel era un ángel.

El libro de los Hechos fue escrito por Lucas.

El evangelista cuenta todo lo que ocurrió hasta en los detalles.

Esta información se la pasaría el mismo protagonista, Pedro.

Pedro era judío.

Y los judíos creían en las apariciones de ángeles.

En muchos lugares del Antiguo Testamento se escribe sobre los ángeles.

A veces aparecen como seres espirituales.

Otras veces adoptaban forma humana, como los dos ángeles que entraron en casa de Lot para anunciarles la destrucción de Sodoma y Gomorra (Génesis 19:1).

También los cristianos convertidos del judaísmo que estaban en la casa creían en los ángeles.

Cuando Rode les anuncia que Pedro había llamado a la puerta, dijeron: *“Estás loca. Pero ella aseguraba que así era. Entonces ellos decían: ¡Es su ángel!” (12:15).*

La Iglesia católica mantiene también la creencia de que cada persona tiene un ángel de la guarda.

La Enciclopedia católica publicada en Barcelona en 1963 dice en la página 514 del primer tomo: *“Los ángeles son enviados por Dios para ayudar a los hombres”*. *“Cada niño tiene su ángel custodio”*. *“Además hay un ángel encargado de velar por cada país”*. *“Cada cristiano tiene un ángel para protegerlo a él y también a los infieles”*.

Cada día mueren de hambre en el mundo 500 niños. Los ángeles de estos niños estarán bañándose en la playa.

Si cada país tiene un ángel que vela por él, los ángeles de algunos países pobres se han pasado al enemigo.

Los ángeles existen, están en la Biblia.

Pero no creo que en estos momentos existan siete mil millones de ángeles cuidando a los siete mil millones de personas que vivimos en la tierra.

Cuando Pedro sale de la cárcel va directamente a casa de María, donde estaban orando por él.

“Y habiendo considerado esto, llegó a casa de María la madre de Juan, el que tenía por sobre nombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando” (Hechos 12:12).

Después de la resurrección los discípulos solían reunirse en esta casa para esperar la venida del Espíritu Santo.

“Cuando le vieron, se quedaron atónitos” (12:16).

No es de extrañar.

Sabían que Pedro estaba fuertemente amarrado con cadenas.

¡Ahora lo tenían delante!

¡No podían creerlo!

Dice el versículo de Lucas que cuando le vieron *“se quedaron atónitos”*.

Pasmados.

Asombrados.

Deslumbrados.

Estupefactos.

No era para menos.

Pero ¿por qué se sorprendieron tanto?

Estaban orando por su liberación y cuando Dios responde a lo que ellos pedían no lo creen.

¿Creemos en el poder de nuestras oraciones?

“Pero él, haciéndoles con la mano señal de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y dijo: Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos. Y salió, y se fue a otro lugar” (Hechos 12:17).

Pedro estuvo poco tiempo en la casa.

Sabía que en cuanto se descubriera la liberación Herodes mandaría buscarlo allí.

La casa estaba fichada por la policía.

Después de la persecución casi todos los apóstoles se dispersaron.

En Jerusalén quedaba Jacobo, que es también Santiago.

¿Qué Santiago era éste?

No podía ser el hermano de Juan, porque había sido asesinado por Herodes al principio de la revolución (12:2).

Todas las indicaciones apuntan a que era uno de los cuatro hermanos de Jesús:

“¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas?” (Mateo 13:55).

Según Marcos 16:1, este Jacobo o Santiago estuvo presente cuando enterraron el cuerpo de Jesús.

Antes de salir precipitadamente de la casa de María Pedro pide que saluden al hermano de Jesús y a otros hermanos.

Cuando Pedro manda saludos a Santiago y a otros hermanos Lucas dice:

“salió y se fue a otro lugar” (12:17).

¿A qué lugar?

Tuvo que salir de Jerusalén, porque Herodes habría puesto a su ejército casi en pie de guerra y entonces lo habrían matado sin dilación.

La Iglesia católica dice que cuando Pedro salió de la cárcel se las arregló para ir a Roma.

Basada en esta creencia la Iglesia católica lo convierte en el primer papa.

Es cierto que al final de su vida Pedro estuvo en Roma, donde el emperador romano lo encarceló y mandó matar.

Pero cuando sale de la casa de María no sale de Palestina.

Se refugia en algún lugar de Jerusalén o sale de Jerusalén, porque tres capítulos después de salir de la casa de María el autor de los Hechos lo presenta hablando en un Concilio celebrado en Jerusalén.

“Después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo...” (Hechos 15:7).

Rode es una de las protagonistas que destacan en la historia del encarcelamiento y liberación de Pedro.

Interpreta un episodio pleno de humanidad y de ternura.

En hebreo Rode significa rosa.

Rode trabajaba de criada en casa de María, madre de Marcos.

Generalmente la criada en aquella casa se situaba cerca de la puerta para abrir inmediatamente cuando alguien llamaba.

Entre Hechos y Colosenses se dice siete veces que Dios no hace acepción de personas.

Ya en el Antiguo Testamento Moisés dice en Deuteronomio 10:17:

“Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho”.

Y en el Nuevo Testamento un escriba, enemigo de Jesús, quien se acerca a Él para tentarle, le dice:

“Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad” (Lucas 20:21).

Un escritor inglés del siglo 19, Samuel Gilbert, ateo, escribió esta frase ofensiva en contra de las criadas.

“En todas las necesidades de la vida no existe oficio más bajo que el de criada”.

Las criadas tienen un lugar en el corazón de Dios.
Dios las distingue haciendo que una criada ocupe las páginas de la Biblia.

Rode sería un miembro más de aquella familia espiritual.
Los conocería a todos.

Porque Pedro al mismo tiempo que llegó a la puerta tocó para que le abrieran.

Y Rode reconoció su voz:

“Cuando llamó Pedro a la puerta del patio, salió a escuchar una muchacha llamada Rode, la cual, cuando reconoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corriendo adentro, dio la nueva de que Pedro estaba a la puerta” (Hechos 12:13–14).

Pero no la creyeron.

“Y ellos le dijeron: Estás loca. Pero ella aseguraba que así era. Entonces ellos decían: ¡Es su ángel!” (Hechos 12:15).

Allí había personas que habían contemplado grandes milagros.
Personas que se habían mostrado firmes y fuertes en la persecución.
Personas que oraban a Dios con intensidad.

Sin embargo, creían que Rode estaba loca.

Creían que un ángel había adoptado la apariencia de Pedro.

Pidamos a Dios que dé a los jóvenes la fe suficiente para creer en sus milagros, incluso en aquellos que nos parecen imposibles.

“Pero ella aseguraba que así era” (12:15).

Otra mujer joven, María Magdalena, tuvo una experiencia parecida a la de Rode.

Llorando en el huerto de la resurrección pensaba que alguien había robado el cuerpo de Jesús.

Hasta que oyó su voz:

“Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.

Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir Maestro) (Juan 20:15–16).

Como a Rode, a María Magdalena tampoco la creyeron.

“Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando.

Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron” (Marcos 16:10–11).

Tampoco te creen a ti, muchacha joven.

Tú has oído la voz de Dios en tu corazón.

Quieres comunicarlo a otros.

Pero tampoco te creen.

–Ni tus familiares.

–Ni tus amigos y amigas.

–Ni tus compañeros de estudios.

–Ni tus compañeros de trabajo.

Pero nadie puede quitarte tu convicción.

El apóstol Juan dice que él anunciaba lo que había visto y oído.

“Lo que era desde el principio, lo que hemos visto y oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)” (1ª de Juan 1:1–2).

Nadie puede apagar la voz de Dios en tu corazón.

Nadie puede arrebatarte de tu corazón la voz de Dios.

En una Iglesia de México conocí a una familia muy consagrada.

El matrimonio tenía un hijo y cuatro hijas.

La mayor tenía entonces 19 años.

Cuando nació, los padres eran ya cristianos y le pusieron por nombre Rode, pensando en la muchacha de la Biblia.

Pero aquella Rode mexicana era una muchacha rebelde.

Todos en la familia estaban bautizados.

Ella no.

Un día desapareció de casa.

Anduvo por varias ciudades viviendo a su manera.

Regresó después de tres años.

Estaba embarazada de dos meses.
Se integró a la Iglesia.
El propio padre la bautizó un sábado por la tarde.
Antes de sumergirla en el agua, le dijo en voz alta:
Hija, no importa cómo hayas vivido.
No importa los pecados que hayas cometido.
En este instante todos tus pecados son perdonados por Dios y
eres una persona nueva en Cristo.
No importa cómo hayas vivido.
No importa cómo vivas.
Decide entregarte a Cristo y serás una persona nueva, perdonada,
redimida, ciudadana de la eterna patria celestial, como la Rode de
la Biblia.

CAPÍTULO XIII

Jóvenes ante el futuro

La Biblia, el Libro de Dios, habla mucho de los jóvenes, como queda demostrado en los capítulos precedentes.

En un pasaje que se encuentra en el Antiguo Testamento, en el libro de Eclesiastés, hay una referencia directa a la juventud.

Este libro fue escrito por el rey Salomón, el tercer rey que tuvo Israel, hace más de 3.000 años.

Voy a citarte un texto que se encuentra en el capítulo 11 de este libro antiguo. Dice así:

“Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios.

Quita, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad.

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento; antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia” (Eclesiastés 11:9–10 y 12:1–2).

La conclusión a la que llega el autor del libro es que hemos de aceptar la vida como un don de Dios.

La vida es bella y los jóvenes deben disfrutarla con la alegría sana de la edad, cuando el cuerpo goza de más salud y está en mejores condiciones de disfrutar los placeres cotidianos.

La recomendación a seguir los impulsos del corazón y los atractivos de los ojos es una invitación a gozar de los placeres normales y las satisfacciones legítimas que están dentro de la ley moral y de la ley espiritual.

Pero la Biblia, en el pasaje leído, va más allá.

Después de la invitación a gozar de las alegrías de la vida te advierte contra un peligro.

Que vivas entregado solamente a los placeres de la edad y te olvides de tu Creador, de Dios.

Si obraras así estarías cometiendo un tremendo error.

Porque la vida no es solamente la juventud.

Enfocando el problema desde una perspectiva realista, dice que la edad juvenil es vanidad.

Con esto no quiere decir que la etapa de la juventud sea insignificante o pérdida de tiempo.

No. En absoluto.

Está simplemente diciendo que la adolescencia y la juventud son transitorias.

Que a la primavera sucede el invierno.

Que la noche llega después del alba.

Que los cabellos negros se tornan blancos o desaparecen por completo.

Que debes vivir el presente de la juventud pensando en el futuro de la edad madura y de la vejez.

¡Futuro!

¡Qué adjetivo tan misterioso, tan cargado de incertidumbre!

Se ha sembrado la palabra futuro, pero el fruto no ha brotado todavía.

Las tinieblas cubren los acontecimientos del futuro.

El apóstol Santiago dice que no te jactes del día de mañana, del futuro, porque nadie sabe qué dará de si el día de mañana.

¿Cómo será tu futuro?

¿Qué esperas del día de mañana?

El mundo que tienes ante ti no es precisamente un mundo amable.
Vivimos sobre la rueda de una noria.
Los valores y las personas están en movimientos continuos.
En permanente traslación.
Tu futuro no es precisamente brillante.
Un clima de violencia y de inseguridad impera en todo el mundo.
La crisis económica afecta a todos los países, a unos más que a otros.

La falta de oportunidades para los jóvenes es evidente.

El paro juvenil es dramático en Europa, en Asia, en África, en América Latina y, en menor escala, en Estados Unidos.

Los jóvenes terminan la Universidad y no encuentran el trabajo que les gustaría realizar.

Con ser grave todo lo anterior, más grave es, a mi juicio, el fin de las ideologías.

La muerte de las ideas estéticas.

La incapacidad para soñar.

El derrumbe de todas las ilusiones.

La pérdida de la esperanza.

Ya no quedan héroes a quienes imitar.

No hay ideólogos que tracen caminos de verdad a los jóvenes.

No quedan ideas por las que luchar.

Y aquí estás tú.

No puedes cambiar la Historia.

No puedes cambiar el pasado.

Tampoco puedes construir un futuro a medida de tus deseos.

No te dejan.

La sociedad está asentada en sus propias estructuras, impone sus leyes y no queda lugar para innovadores.

Sin embargo, no puedes evadir tu responsabilidad.

La leyenda persa cuenta que un rey de aquel país antiguo gustaba de recorrer las ciudades y los pueblos con una bolsa de dinero en su equipaje. Quería premiar las buenas acciones de sus súbditos, pero no encontraba a quién.

Un día halló a un hombre muy anciano que plantaba pequeños nogales en su campo.

El rey le preguntó:

–¿Qué hacéis?

– Ya lo veis, plantando nogales.

¿Y para qué plantáis nogales si, debido a vuestra edad, no comeréis de su fruto?

Lo hago para pagar mi deuda con aquellos que años atrás plantaron los nogales de cuyo fruto yo disfruté en mi juventud.

Resulta inútil añadir que aquél anciano se hizo acreedor al premio del rey.

Tú tienes una deuda con la generación que vivió antes de ti.

Tienes una gran responsabilidad en todo lo que te rodea.

Eres responsable de tu propio cuerpo.

Cuídalo. Que se forme sano y fuerte.

Desarrolla tu inteligencia.

Lee todo lo que puedas. Cultívate.

Fórmate una personalidad con la que te sientas bien.

Tienes una responsabilidad con tu familia.

Si no te gustan como son los que forman tu familia ayúdales a cambiar.

Gánalos con tu ejemplo.

Si te sientes bien en tu familia, contribuye a mantener la paz, el entendimiento, la armonía.

En el seno de tu familia puedes ser una rosa que perfume o una espina que hiera.

Tuya es la decisión.

Tienes una responsabilidad social.

No vives solo en el mundo.

No eres una isla.

Eres parte de la sociedad en la que vives.

Debes ser responsable de tus deberes sociales y aportar todo cuanto esté a tu alcance para mejorar la sociedad hasta donde te sea posible.

Te lo he dicho.

Estás aquí. Vivo. Eres joven. Cumple con algunas de tus responsabilidades.

Sé responsable con tu propia persona.

Sé responsable con tu familia.

Sé responsable con la sociedad.

Sé responsable con Dios.

Lo dice el texto bíblico que escribí al principio: “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud”.

Tú no eres sólo cuerpo.

No estás formado en exclusiva por átomos materiales que se descomponen con la muerte.

Tienes una naturaleza espiritual. Un alma que es inmortal y que trasciende la materia.

Procúrate una vivencia religiosa.

Establece una relación de amistad con Cristo.

Todo esto puedes hacerlo porque eres joven.

Se que no te estoy pidiendo cosas fáciles.

La sociedad en la que vives tiende a la increencia.

Dios ha dejado de interesar a la juventud.

Dios está siendo sustituido por quimeras, filosofías, ideas, formas de comportamiento que son contrarias a la realidad del Dios de la Biblia.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a nuevas corrientes de ateísmo.

Con personas que niegan la existencia de Dios.

El ateísmo que se avecina tiene características muy peculiares. No combates a Dios. Lo ignora.

El ateísmo radical floreció durante los siglos XVII y XVIII y se extendió hasta el XIX. En esta época se escribieron los grandes libros que atacaban la existencia de Dios.

La sociedad del futuro será atea. Pero con una concepción diferente del ateísmo. No se escribirá más en contra de Dios.

Simplemente se le ignorará. Habrá dejado de interesar.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a la constante batalla entre la ciencia y la religión.

Te dirán que la ciencia ha desplazado a Dios.

Que el origen del universo y el origen del hombre tienen una explicación científica.

Que en esta época de grandes avances científicos Dios no es creíble ni necesario.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte con los apóstoles del moderno humanismo.

Te dirán que el hombre es el centro de sí mismo.

Que el hombre es la medida de todas las cosas.

Que el hombre es su propio dios.

Que la religión sólo aporta falsas soluciones a los problemas de la ciencia.

Que son los seres humanos, sólo ellos y por sí mismos quienes han de hacer frente a todas sus aventuras y desventuras.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a los aprendices de filósofos quienes afirman que donde existe la razón no hace falta la fe.

Que sólo es real lo que es racional.

Que toda vez que a Dios no se le puede razonar, tampoco se puede admitir su existencia.

Estos filósofos de la nada no se dan cuenta de que están invocando la razón para negar a quien es la Razón Suprema.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a los dogmáticos del existencialismo.

Te dirán que la existencia está por encima de la esencia.

En otras palabras, te dirán que lo único que debe preocupar al ser humano es lo que ocurra en este mundo, sin importarle lo que pueda haber después de la muerte.

Estos existencialistas se desenvuelven en la angustia, en el miedo, en el drama de cada día.

Dicen que aquí estamos, que nos encontramos existiendo, pero no aclaran por qué estamos aquí, quién nos ha traído, para qué.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a los defensores y propagadores del agnosticismo.

Estos discípulos de Aldous Huxley, lectores de *Las puertas de la percepción* y de *Un mundo feliz*, te dirán que si Dios existe es imposible saberlo.

Que la razón no puede conocer algo o a alguien que esté más allá de los límites humanos de la propia razón.

Que llegado al tema de Dios lo mejor es no opinar.

No se puede saber si Dios existe o no existe, dice el agnóstico.

El agnóstico no es ateo, pero está más cerca del ateísmo que de la creencia.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a los partidarios del hedonismo.

Esta filosofía fue inventada hace dos mil quinientos años, pero está profundamente arraigada, desde el tronco hasta las ramas, en la sociedad de hoy.

Los hedonistas te dirán que la corona de la vida, lo máximo de la existencia, es la búsqueda y el disfrute del placer.

Que mientras se tiene vida hay que apurar el placer por todos los poros del cuerpo.

Y cuando te llegue la hora final decir adiós a la vida y estrellar contra la tumba el documento de identidad.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a los desafíos de una sociedad secularizada.

La filosofía del secularismo ya se adelanta en el segundo Salmo de la Biblia, donde las gentes y los pueblos se consideran prisioneros de Dios y quieren escapar de Él.

Dicen: "*Rompamos sus ligaduras. Echemos de nosotros sus cuerdas*".

Dios estorba en la sociedad secular.

Porque con Sus leyes y Su sistema de moral rompe los esquemas de los individuos.

Les descompone el cuadro.

De aquí que los secularistas se unan al grito de: “Construyamos una sociedad sin Dios”.

Y si Dios ha existido alguna vez, que se jubile en algún rincón del cielo, entre nubes azules, y deje en nuestras manos los asuntos de la tierra.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a los predicadores y practicantes del materialismo.

Hay un materialismo histórico, más antiguo que el cristianismo.

Un materialismo que defiende sus ideas a base de planteamientos filosóficos. Pero este tipo de materialismo no te va a quitar el sueño. Poca gente lee ya a Carlos Marx.

El materialismo que inquieta es el que ves todos los días en cada calle, en cada esquina, en cada plaza, en los bares, en las cantinas, en todos los centros de espectáculos, donde quiera que haya un punto de diversión.

Es el materialismo popular. Cree que el ser humano se compone sólo de átomos materiales que se descomponen al exhalar el último suspiro y practica unos principios sugeridos en las páginas de la Biblia: “*Comamos y bebamos, que mañana moriremos*”.

Lo demás a mi plin.

A mi plin lo demás.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a una sociedad light.

Comidas sin calorías.

Azúcar sin glucosa.

Coca Cola sin cafeína.

Mantequilla sin grasa.

Café descafeinado.

Leche desnatada.

Pan sin azúcar y sin sal.

Todo esto no es más que el ejemplo de una sociedad light, vacía, frívola, incapaz de profundizar.

Una sociedad que no lee, que no investiga, que sólo ve televisión basura.

El Evangelio en el que tú crees es profundidad.

Y la profundidad no interesa.

No importa la trascendencia, ni la escatología bíblica, sólo el ahora, el momento, la medición instantánea del pulso, el ritmo cardíaco del segundo.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a una sociedad que no quiere compromisos.

Si ahora te es difícil conseguir que amigos tuyos no cristianos te acompañen a la Iglesia, más difícil será en el futuro.

Llegan a estar de acuerdo con tus creencias. Respetan tu forma de vida. Admiten que eres diferente a ellos, pero no pasan de ahí.

No responden a tus invitaciones sencillamente porque no quieren aceptar compromisos.

Crear es comprometerse.

Y no están dispuestos a hacerlo.

En el fondo son egoístas.

No aceptan compromisos religiosos.

Pero tampoco aceptan compromisos políticos, ni sociales, ni comunitarios, ni de índole alguna que pueda reclamarles tiempo.

Desde ahora y en el futuro tendrás que enfrentarte a una sociedad soberbia.

¡Impresiona el espíritu de soberbia que impera en la sociedad actual!

¿No lo percibes tú?

Hace años, una cantante americana llamada Jannette, que dominaba muy bien el idioma español, publicó un disco pequeño. En una de las canciones decía: “Soy rebelde porque el mundo me hizo así”.

Ese es el sentir de la inmensa mayoría de los jóvenes hoy día.

No se consideran responsables de nada.

Toda la culpa la cargan sobre la sociedad.

No hablan de pecado individual, sino de pecado colectivo.

Ellos no se consideran malos.

La sociedad es mala, dicen. Es a ella a la que hay que juzgar, culpar y condenar.

Han elevado la soberbia a categoría teológica.

Tú no puedes acercarte a ellos pidiéndoles que cambien.

Te dicen que cambie el mundo. Que ellos son como el mundo los ha hecho.

Y se niegan a hablar más.

¡Tremendo!

Desde ahora y en adelante tendrás que enfrentarte a una sociedad indiferente al tema religioso.

El futuro tuyo se va a caracterizar por lo que ya es un hecho arraigado y casi universal: La indiferencia religiosa.

Hoy no se ataca a Dios, simplemente se le ignora, se le ningunea. Dios no es nadie, dicen. Y añaden: No me hables de Dios porque no me interesa el tema.

Me da igual si Dios existe o no existe.

No me planteo quién fue Jesucristo.

No me hago preguntas sobre el más allá. Si después de la muerte hay algo, Dios sabrá qué hacer conmigo.

Si no hay nada, mejor.

No me interesa la religión. Ninguna religión.

No quiero contraer compromisos con Iglesia alguna.

Vivo feliz y me siento bien como estoy.

Con esta filosofía arreligiosa de la existencia te enfrentas ya y tendrás que hacerlo más en el futuro.

La indiferencia religiosa es una marea imparable.

Invade todos los campos de la sociedad moderna.

Desde ahora y en el futuro te verás obligado a combatir las falsas imágenes de Dios.

Los jóvenes no cristianos, como sus padres, tienen ideas equivocadas de Dios.

Esto ocurre especialmente en los países católicos de habla hispana, donde la Biblia no se conoce o se conoce muy poco.

El formidable cantante argentino Atahualpa Yupanqui ya fallecido tiene una canción en la que se pregunta: “¿Dónde está Dios?”

La canción termina con esta estrofa:

*“Hay un asunto en la tierra
Más importante que Dios.
Y es que nadie escupa sangre
Pa que otro viva mejor.
¿Qué Dios vela por los pobres?
Tal vez sí, tal vez no;
Pero es seguro que almuerza
En la casa del patrón”.*

El cantante argentino aborda con crudeza dos aspectos en torno a la imagen de Dios, muy extendidos y creídos entre los pueblos hispanos.

Por un lado, presenta a Dios desligado de los problemas del mundo y de los seres humanos. No es seguro, dice, que Dios vele por los hombres. Cuestiona si Dios se preocupa por el que sufre.

Por otro lado, presenta a Dios en la casa del patrón, aliado con los poderosos para oprimir a los trabajadores, a los débiles.

Estas ideas que Atahualpa Yupanqui vertía cantando están en la mente de millones de personas en todo el mundo.

La sociedad de hoy tiene una imagen equivocada de Dios.

Y la sociedad del futuro aumentará el error.

Hombres y mujeres, jóvenes y mayores, piensan que si es verdad que Dios ha creado el mundo, lo ha abandonado a su libre albedrío.

Crean que Dios, si existe, es insensible al sufrimiento humano.

Suponen que el Creador, si alguna vez lo hubo, ha abandonado a Su creación.

El Dios de las religiones, afirman, es un Dios que vive entre ricos, aliado con la clase privilegiada de la sociedad.

A Dios le importa muy poco la miseria que comparten dos mil millones de personas en el mundo actual, dicen.

Los más agresivos contra la religión proclaman que Dios está muerto, que la ciencia lo ha matado.

Parte de culpa la tienen aquellos que presentan a Dios crucificado en los altares, mudo y muerto, sordo e impotente.

Otra parte de culpa recae sobre quienes hablan de un Dios casero, un Dios que piensa como ellos quieren que piense.

Un Juan calzones cualquiera, sin voluntad, sin energía, sin autoridad.

Desde ahora y en el futuro te verás obligado a presentar la verdadera imagen de Dios.

Un hermoso poema del mexicano León Felipe, todo él dedicado a las falsas doctrinas, termina diciendo: *“El que tenga una doctrina, que se la coma”*.

Dios no es doctrina. Ni doctrinario.

Si tú eres un joven cristiano, o una joven cristiana, estas palabras son para ti.

Ahora, y mucho más en el futuro, estás llamado y llamada a combatir las falsas ideas que circulan en torno a Dios.

Que las personas se coman sus doctrinas y acepten la doctrina de la Biblia en torno a Dios.

Que rechacen las falsedades que seres humanos han escrito sobre Dios y que acepten lo que el Espíritu Santo dice de Él en el Libro sagrado.

Que Dios se revela progresivamente en las páginas de la Biblia. Un Dios fuerte, que irrumpe en la Historia con el poder de Su palabra.

Un Dios que no tuvo principio ni tendrá fin.

Debes proclamar la existencia de un Dios Creador.

Un Dios que está en el origen de la vida.

Un Dios que crea el universo físico de la nada y forma al primer hombre a su imagen y semejanza.

Debes hablar de un Dios Salvador, que desde la lejanía de los tiempos concibe y pone en marcha un plan de salvación que va consumando a lo largo de un período histórico.

Tu misión es hablar de este Dios.

Un Dios que se encarna, que toma forma humana en la persona del Hijo, que recorre los caminos de la Palestina dando a conocer el plan de la redención, que muere en una cruz para salvar a las personas de entonces, a las de ahora y a las del futuro.

Debes gritar que tener religión no es tener a Dios.

La religión se compone de un conjunto de dogmas, impone cargas, establece obligaciones.

Lo único que Dios pide de todas las personas es que acudan a El tal como son, con sus problemas a cuestas, con sus pecados manchándoles el alma.

“Mi Dios y yo andamos siempre juntos”, dice un conocido himno.

Dios quiere ser para ti, para tus familiares, para tus amigos, para los seres de ahora y para los del futuro, eso, un Dios íntimo, un Dios amigo, un Dios personal.

¿Recuerdas cómo empecé esta exposición?

Hablándote de los jóvenes ante el futuro.

Recordándote las palabras de Salomón en las que afirma que tanto la adolescencia como la juventud son transitorias.

Vives en una sociedad en la que eres protagonista.

Encaras otra sociedad que irá cambiando con el paso de los años.

Te he presentado los desafíos ideológicos de la sociedad del futuro.

Ahora añado:

Cimenta tu fe en Cristo.

Anuncia el verdadero rostro de Dios.

Mantén limpios todos tus ideales.

Dentro de ti hay un caudal de energías, un mundo de posibilidades, una fuerza interior que puede conducirte a despertar conciencias dormidas y a que muchos encuentren al Redentor de sus vidas, Cristo Jesús.

